

MARTÍN H. SMUD

ERA ELLA

Smud, Martín H.

Era ella – 1° ed. – Buenos Aires : Letra Viva, 2005.128 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 950-649-099-8

1. Narrativa. I. Título

CDD 150.195

Colaboración: María Logaldo

Corrección: Vanina Muraro

Imagen de tapa: en base a fotografía de... en 1.000 nudes, Taschen,
Bonn, 1994.

© LETRA VIVA, LIBRERÍA Y EDITORIAL

Av. Coronel Díaz 1837, (1425) Buenos Aires, Argentina

www.letraviva.elsigma.com

letraviva@arnet.com.ar

Primera edición: Marzo de 2005

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier método, incluidos la reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin la previa y expresa autorización por escrito de los titulares del copyright.

CAPÍTULO I

A la tercera vez en una semana que al psicólogo del octavo “A” se le rompió el portero eléctrico bajó al palier del edificio gritando como loco.

—*No puede ser que esto me vuelva a suceder. Así no puedo trabajar, no soy adivino para saber quién viene a verme.*

El portero que se encontraba como de costumbre apostillado en la puerta de calle, sabía bien de qué se trataba. Mientras limpiaba las alfombras del palier, ya había observado cómo dos pacientes habían tocado el portero en reiteradas ocasiones y habían terminado marchándose. A él no le correspondía hacerse cargo del problema sino a la administración, pero le dijo que ninguno de los pacientes se había acercado a preguntarle si andaba o no el portero eléctrico, si estaba o no el psicólogo y se habían terminado marchando dando por seguro que Marcelo no estaba. Éste miró la cara del portero que hacía más de diez años que trabajaba en el edificio y más de quince que era portero y pasando por alto su comentario que le produjo un enorme fastidio, le dijo:

—*¿No podés hacer algo para arreglarlo?*

Por su manera de pronunciar este pedido el portero sintió que había mucho más que un ruego, había algo que se

ocultaba en aquel extraño consorcista que bajaba alterado hacia el palier.

—*Voy a intentarlo. Quizás sea un poco casero pero creo que el timbre va a funcionar. Después arreglamos.*

A Marcelo no le importó la alusión al *después arreglamos*, ese *después arreglamos* lo devolvía a cierta rutina. Que el timbre volviera a sonar era mucho más que la posibilidad de escuchar a los pacientes, un par que le faltaban para terminar el día laboral. El portero le prometía una rutina que había perdido con la partida de Valentina que, antes de salir por última vez, le había devuelto el llavero que colgado ahora en la cocina le recordaba una y otra vez que ella no estaba. Cuando pasaba a hacerse un café con leche miraba las llaves y sentía que todavía estaban calientes, que aún tenían el calor de ella. No colgaban atraídas por la gravedad como cualquier otra llave. Les había dicho a varios amigos que no quería volver a estar con ella pero hoy, sin timbre, no escucharía cuando ella tocara y le dijera con su voz inconfundible que deseaba volver a estar con él.

Nunca más la escucharía entrar con precaución, tratando de adivinar si estaba o no atendiendo. La puerta de entrada daba paso a un pequeño hall que era la sala de espera y luego venían dos puertas, la de la derecha abría para el consultorio, la perpendicular abría al resto del departamento. Él escuchaba mientras atendía cómo ella entraba sigilosa, intentando no ser escuchada. Sólo después de terminar iría a saludarla, abriendo dos puertas que los separaban pero que eran más que dos puertas, eran la marcación de su mundo, de su rutina dividida en dos: una habitación con ella y una habitación con

consultorio que era, en definitiva, una habitación sin ella. Y ella, por su manera sigilosa de entrar al departamento, certificaba que su mundo fuera así. Sin timbre que sonara toda la diferencia entre una habitación y otra ya no existía, y más que eso, todo su mundo carecía de relevancia. Sólo quedaba un hombre que esperaba y, sobre todo, un hombre que desesperaba.

Marcelo entra al ascensor y marca el octavo piso, quería pensar en el timbre pero se miró en el espejo. Hubiera preferido no hacerlo pero era inevitable. Desde hacía años no dejaba de verse en el espejo de ese ascensor y, aunque hoy intentara no hacerlo, su mirada subía sin remedio a esa imagen que se le ofrecía. Vio su cara, observó que tenía cara de haber estado llorando. La cara sonrosada e hinchada en varios lugares, sobre todo en los pómulos y en las ojeras hacía evidente el signo del llanto. No pudo seguir mirándose, bajó la mirada apresuradamente. En ese instante aparecieron escenas de su pasado.

Una despedida de Paula cuando tenía 18 años. Él dentro del tren, ella afuera en el terraplén. Era una despedida insólita: él por la ventana saludaba a quien le escribía cartas de amor y crónicas de sexo en un cuaderno de tapa negra dura. Escribía cada cuerpo a cuerpo cuando desnudos él tocaba todo y encontraba su vergüenza, no quería que se metiera por ese agujero. Pero todo lo demás sí. ¡Qué difícil era separarse de esa chica! Y eso que volverían a verse en un par de días.

El tren comienza su travesía. Esa tarde a Marcelo se le cayeron unas lágrimas, ¡así de sencillo! Sin que él hiciera nada. Eran lágrimas que caían sin resistencia por sus me-

jillas y seguían su camino como arroyo de montaña hacia la cúspide de su mentón para perderse en una barba rala de pelos negros bien dibujados. ¡Era la única vez que recordaba haber llorado sin tener que hacer un esfuerzo!

Cuando Valentina salió por la puerta, él lloró. *Imposible no querer a alguien con quien uno ha vivido cinco años* pensó, pero el llanto brotaba con esfuerzo. Las lágrimas parecían tener que pasar por arriba de un gran dique y sólo después de mucho caudal atorado, podían algunas de ellas arribar a lo alto y caer mansitas hasta secarse antes de llegar a la boca. *¡Todo se olvidará: el recuerdo de su piel, el olor de su sexo se desvanecerá, los aniversarios no existirán más!*, se esmeraba buscando razones, convenciéndose de que ése era un momento adecuado para llorar, que había justificación valedera. Esa tarde lloró.

* * *

Ella podía tocar el timbre en cualquier momento y decirle que renunciaba a la lucha y que se entregaba para que él hiciera lo que quisiera. Pero Marcelo no lo creía posible, Valentina no dejaría de criticar la manera en que se ocupaba de ella.

Ella era muy linda; lo primero que observó Marcelo fue su color de pelo que hacía juego con sus ojos color almendra y cuando se acercó, motivado por su cola que se movía de una manera tan llamativa, sintió el olor de su piel. Le encantaba el olor de su piel. Fue así como la conoció. Ella miraba la luna, decía que desde donde estaban parecía es-

tar más cercana. Él se acercó y una noche de ésas tuvo su cuerpo. Ella, antes de sus embestidas, se tomó todo el tiempo del mundo para beber sus líquidos íntimos con todas las ganas. ¡Si eso empezaba así lo que sería el día a día! Al poco tiempo ya la había invitado a vivir con él. Marcelo comenzó una carrera para ver si podía dar una vuelta más, una entrada más en su cuevita para sostener el ansiado: *nunca, tantas veces*. Parecía que él sabía cómo tratar a una mujer. Pero la historia continuó tan diferente, tan distinta a esos primeros encuentros, que todo lo que pasó se podría sintetizar en la frase: él no sabía tratar a una mujer como ella.

Entre ese comienzo y el final pasaron algunos años, el cambio se fue dibujando en el rostro de ella, en la bronca de él; lo que había parecido de una manera no era así. De meterse en la cuevita una y otra vez cuando estaban midiendo la distancia de ellos a la luna a esas largas semanas donde ella y él sentían que la calentura ya no estaba en las zonas genitales sino en todo el cuerpo, en las ganas de gritarse y decirse: *Me estás cagando la vida*. ¿Cómo pudo haber acontecido semejante cambio? ¿Qué pasó? Qué enorme error de cálculo. ¡Le habían errado como de acá a la luna!

Él tenía muchas hipótesis, en las largas noches cuando se despertaba ya sin sueño a las cinco de la mañana y ¿qué hacer?, elucubraba hipótesis. Tenía varias que cambiaban según las noches, pensaba que la cama matrimonial desinflaba las ganas de tomar el cuerpo del otro como un conquistador. ¿Cómo conquistar ese cuerpo que dormía en el lugar que le correspondía en la cama, al lado del velador y lejos del reloj despertador que estaba de su lado? Otras veces pensaba en la sexualidad del hombre y

creía que cuando se pasaba la calentura, si no se actuaba en ese momento, se volvía difícil que el pene se parara sin problemas. ¡Era raro decirlo de ese modo! Las palabras no sonaban bien. Y menos sonaba bien cuando Valentina le cuestionaba tanto el momento en que éste cobraba altura como la rapidez con que se desinflaba.

Marcelo se quedaba un largo rato pensando en el pito y en lo que terminaba convertido quien lo poseía. Era increíble pero no sentía ganas de estar con ella. ¿Dónde estaba ese arrojo para hacer el amor?

También tenía otra teoría, la llamaba la del semen fermentado. Creía que si se pasaba mucho tiempo sin hacer el amor, el semen comenzaba a añejarse, su efervescencia se desfondaba hacia todo el cuerpo y los miembros comenzaban a tener grandes dificultades para moverse. Acercarse a ella y meterse con todo arrojo en su interior era una tarea dificultosísima. Su cuerpo no tenía ganas de hacer el amor, sólo de darse vuelta y estar embroncado, con ganas de pegarle con un palo en la cabeza y decirle que le estaba cagando la vida.

A ella, daba la casualidad, le pasaba lo mismo pero dada vuelta para el otro lado. Ponía una cara tan agria, había sentido el gusto que ahora ansiaba sentir en lo sexual pero con Marcelo era imposible. No era como sus otros hombres, tan gentiles a sus deseos que sólo esperaban el momento en que tuviera ganas para comenzar y no dejar de azuzarla hasta que cayera extenuada por esas increíbles crecientes. Él no era así, no era como su anterior novio a quien había dejado porque no terminaba de elegirla por sobre todas las otras cosas. Pero que, en cuanto a lo sexual, le daba todo y se quedaba relamiendo lo que ella le pudiera ofrecer.

El timbre del departamento sonó, Marcelo fue hacia el auricular y preguntó maquinalmente.

—¿*Quién es?*

Cuando tenía en sus manos el auricular pensó que era ella quien volvía con su voz inconfundible.

—*Soy el portero, la cosa ya funciona.*

—*Gracias*—contestó Marcelo con esa rapidez que desde pequeño tenía para decir las palabras de agradecimiento, con esa velocidad con la cual quería disimular la diferencia que había entre un portero y un propietario, entre un burgués y un trabajador, como diría su padre.

Si fuera ella del otro lado de la línea y volviera, ¿cómo seguirían? Él le ofrecería compartir el departamento, volverían a estar juntos. Era monótono saber que le ofrecería todo y que se acostarían nuevamente mirando cada uno para el otro lado, alejando sus cuerpos lo más posible.

Todo seguiría igual hasta que a la mañana siguiente, se despertarían ¡oh, sorpresa! con los cuerpos pegados, caídos, abrazándose en el centro de la cama. No podía haber otra explicación más que el colchón ¡Era el colchón! Ellos se divertían, a la mañana, encontrándose con los cuerpos sin querer abrazados, como una mueca irónica del destino que no quería que se separaran.

Si a la noche cada uno hacía un movimiento extremo hacia el borde, a la mañana por el colchón hundiéndose en el medio y los cuerpos arrimándose por la gravedad y la inconciencia del sueño, se despertaban pegados como si fueran uno. Eso los emocionaba, los cuerpos calientes se tocaban, esa piel de hombre, esa tersura de los muslos y la cola de mujer. ¡No era tan malo vivir juntos! A la ma-

ñana y hundidos en la cama había esperanza. La vida sin el otro no sería la misma vida. No sería esta vida.

Y ahí venían, por lo general, unos acontecimientos que eran imposibles de comprender para Marcelo. Las peores peleas. Ella sostenía que el colchón estaba hundido al medio por las mujeres que él había traído a ese colchón. Luego de mucho insistirle en que eso era descabellado y que también era posible comprar uno nuevo, ella terminaba por sincerarse y decirle que la falla entre ellos no podría solucionarse nunca porque no se sentía amada y que él no podría enamorarse de ella porque seguía enamorado de una mujer.

—*¿Qué estás diciendo!*

—*Te lo vi en los ojos el día de tu cumpleaños, y no mienten.*

—*¿Cómo podés estar tan segura de lo que yo siento?*

Así seguían, él no soportando su seguridad, ella cada vez más triste y segura de lo que estaba diciendo.

—*¿Qué tiene que ver lo que nos pasa con las mujeres de mi pasado?*

—*No son tu pasado.*

—*¿Qué querés decir? ¿Qué nunca me separé de las mujeres con quienes estuve?*

—*No me importan todas las que estuvieron acá, no hablo de todas, hablo de una, de Silvina.*

Decir ese nombre era el comienzo de una pelea terrible, era abrir la compuerta a la discusión con tono de grito. Ambos sabían de qué se trataba, no se podía seguir hablando.

Silvina había sido muy importante para Marcelo, había sido un amor en el que no había dejado de pensar con obsesión durante una década, aunque desde hacía unos

años se ufanaba de haberla olvidado. ¡Habían pasado tantas cosas durante esos diez años! Si Valentina la nombraba reaparecía la historia en un instante, nuevamente todos los problemas y sobre todo uno: todavía no la había olvidado. Valentina quizás tuviera razón. Marcelo se ponía a gritar como un descosido sin dejar de pensar en los vecinos y que debía bajar la voz.

Una sola vez Marcelo había nombrado a Silvina. Fue en esos primeros días cuando no se memoriza los nombres sino sólo se escucha la voz y la historia del otro; en aquellos días cuando medían la distancia a la luna y se reconocían los cuerpos a oleadas que iban y venían, una y otra vez, en el mar rugiente. En esos días, Marcelo nombró a Silvina una vez. Le contó parte de su historia, los hechos que más lo habían marcado. ¿Cómo no contar esa historia si Valentina le había relatado la muerte del padre y la enfermedad crónica y con progresivo deterioro de las funciones cognitivas de la madre? Le dijo que había estado enamorado, perdidamente enamorado, y lo que había sufrido. Esos primeros días, estar así sin importarle nada, sólo estar con ella, le soltaron la lengua. No solamente había hablado de ese amor sino que, ante ese pelo tan colorido, ante ese amarillo fulgurante de sus cabellos lacios, la invitó a vivir con él. Y todo quedó como un exabrupto, ¿qué otra cosa podía ser una invitación semejante a unos días de haberse conocido? Ni siquiera esa forma apasionada y sumamente activa –como tantas veces lo habían discutido– de hacer el amor podía justificar esa invitación a compartir su departamento. Pero a los dos días volvió a ocurrir. Su boca dejó salir un “te amo”. Ella detuvo lo que estaba haciendo en su cuerpo y se fue para un costa-

do de la cama. Fue súbito, una desconexión que decretaba que las cosas no podrían seguir como antes. Después de un rato, como volviendo en sí, le preguntó a cuántas mujeres le había dicho que las amaba. Ante el desconcierto de Marcelo, le dijo que no importaba, que le tomaba la palabra en cuanto a vivir juntos y volvió a tirársele encima para seguir buscando cómo enroscarse en su cuerpo. Mientras él la tocaba y miraba ese cuerpo excitante, pensó cómo sería compartir su departamento y si estaba bien dicho ese “te amo”.

A Marcelo le costaba decir “te amo” y a pesar de que su lengua esa tarde estaba flojita, creyó que lo dicho estaba bien dicho. No quería que le pasara lo mismo que en el pasado, cuando se asustaba frente a esa frase y le quedaba atorada y ya no, nunca más, le saldría sin atragantarse. Por eso se había apresurado a decírselo a Valentina, no tanto para que se asustara sino para que no le pasara que cuando la quisiera decir le quedara atorada en la garganta.

Su belleza era tan particular que lo llamaba a decir y hacer cosas que nunca había hecho. Además de sexo habían hablado un montón, horas y horas sin parar, se habían contado todo y Marcelo sintió ganas de que ella siguiera la historia contando de él. Esa voz tan rara, tan inconfundiblemente de ella, le había contado sobre la muerte del padre y la debilidad de la madre. Esa voz tan particular, aunque no volviera a escucharla en toda la eternidad, cuando levantara el auricular del portero y escuchara un “soy yo”, sabría al instante que era ella.

* * *

Un rato después de las 19 horas Marcelo escucha el timbre, cree saber de quién se trata. Toma el auricular y ensaya mentalmente qué va a decir, más que eso, ensaya cómo lo va a decir. Pone su voz tan particular de profesional y pregunta:

—¿*Quién es?*

—*Federico.*

—*Ya voy a abrirte.*

—*Acá ya hay alguien que me abre.*

No tenía que bajar a abrir, se imaginó que quien le abría era el portero. *Parece que algo olió, o ya lo sabrá todo, por eso ahora es tan gentil,* pensó. Si no bajaba a abrir ahora, sí tendría que bajar dentro de media hora cuando Federico se fuera. Siempre lo sorprendía lo que pasaba entre la puerta de entrada del edificio y la de su departamento. Había todo un recorrido a realizar mucho más largo que esperar el ascensor, hacer las múltiples acciones de apretar planta baja e ir hacia la puerta de salida luego de atravesar un largo y alfombrado palier. Había un tiempo en ese bajar a la calle muy diferente a la contabilización de los minutos que llevaba realizarlo.

Hacía un par de meses, en una reunión de consorcio se había resuelto dejar todo el día la puerta cerrada y ya no de 21 a 8 de la mañana. Todo el día cerrada significaba que Marcelo tendría destinada una cantidad extra de acciones, recorridos y aperturas de puertas por día. Esta medida lo había perjudicado como también al otro psicólogo del cuarto “B” y a la odontóloga del noveno “B”. Si bien era cierto que muchos aún dejaban la puerta abierta y que él podía evitar bajar a abrir, no podía evitar acompañar al pa-

ciente por las dudas. Muchas veces la puerta estaba abierta y él despedía a su visitante desde el ascensor con un chasquido gutural de lengua y labios que siempre lo sorprendía. Su voz sonaba diferente fuera del consultorio.

Desde que Federico dijo su nombre en el portero hasta que tocó el timbre pasó un tiempo de adolescente de tercer año sin ganas de hacer nada de nada en la cuestión escolar. Ya había repetido y este año podía repetir nuevamente. Cuando entró, pasó muy decidido a sentarse pero como era muy observador notó que Marcelo había cambiado de lugar un pequeño escritorio de madera y que los asientos, si bien estaban enfrentados, se encontraban más juntos. Miró el diván y comenzó a hablar. Recién se había enterado que su ex novia estaba saliendo con un chico del colegio que él conocía.

—*Hace dos semanas que nos separamos.*

—*Muchas veces se separaron y después volvieron a salir. Todavía no está claro si están separados.*

—*Ahora sí. Me dijeron, y yo también la ví, está de novia con otro chico.*

Federico no sabía bien qué hacer. En cualquier momento se la iba a cruzar por la calle pues su colegio quedaba en camino tanto de su liceo como del club donde se conocieron. Se la iba a cruzar porque sus piernas caminaban automáticamente para encontrarla. Cuando la viera, no sabría cómo actuar. ¿Agarrarla y encararla?, ¿pasar de largo mostrando lo dolido que estaba?, ¿o sería mejor dejarse ver con alguna chica que le diera bola para despertar sus celos y hacerla sentir como él se sentía ahora?

¡Cuántas veces se habían separado y cuántas veces se habían vuelto a juntar! Siempre aparecían esas palabras

de ella: lo amaba como nunca había amado. Y esto de verla ahora de novia ¿cómo entenderlo? Le pedía a Marcelo que le contestara, por algo era su psicólogo.

—*Quizás no esté tan de novia.*

Cuando Federico los vió se quedó petrificado, esa imagen le produjo una inquietud tan honda... ¡Todo lo que había vivido con ella era una gran mentira! Todo había sido solamente una manera de engancharlo. Y ahora había enganchado a otro. Ahora que lo pensaba, en dos ocasiones había hablado en forma sospechosa con otros chicos. Una vez en Villa Gesell hablando por teléfono y otra vez la descubrió escondiéndose de su mirada en un lugar poco transitado del club con un “amigo”.

Federico sentado frente a Marcelo, marcaba con las manos el signo de las comillas de su desconfianza.

—*Ella siempre tenía una buena excusa.*

Le explicaba una y otra vez que lo amaba como nunca había amado y al otro día, en su casa, se dejaba hacer el amor de la manera que él quisiera, demostrándole que era su gran amor y que todo lo que se imaginaba eran tonterías de celoso.

Federico había creído que esta separación sería como las otras, se dejaban de ver un par de días y uno de los dos —eso solía variar— llamaba al otro y le confesaba que seguía muy enamorado y que quería volver a salir porque no aguantaba ni un minuto más. Así estuvieron un año y medio.

Y ahora esto.

—*Entonces todo lo que dijo era para mantenerme enganchado. Se me cayó todo encima. Soy un boludo.*

Federico quería venganza. Pensaba en cómo vengar-

se, las distintas posibilidades. Lo que tenía que hacer era conseguir una chica y hacerse el enamorado para que ella sintiera lo que él sentía. Pensó en una con la que quizás pudiera funcionar.

—*Ésa está medio regalada, no se lleva bien con Sabrina, y me tiró onda.*

—*Ideal, entonces ya tenemos planificada la venganza.*

—*No sé si voy a poder.*

Federico sostenía que era raro decirlo pero que si pudiera volvería a pesar de todo, a intentarlo con Sabrina. Todo lo que le pasaba no era peor que pensar en estar sin ella. Otra vez pasar solo las tardes, ahora que se había acostumbrado a tener sexo cuando quisiera y no hubiera nadie en el departamento, ahora que tenía a alguien que lo miraba de aquel modo insinuándole que tenía ganas de que le bajara el corpiño y se abalanzara como energúmeno a toquetearla y meterle las manos por entre la ropa.

* * *

Valentina seguramente estaría con otro. Marcelo no quería encontrársela, no quería cruzarla por la calle ni ir a buscarla al lugar donde sabía la encontraría. Había un hombre en medio. No la iría a buscar. Si había un hombre, él quedaba al margen. Su única alternativa era esperar que sus pasos se acercaran. Y no iba a pasar. Seguramente ese hombre lo haría mejor, sería como ella quería, más ofrecido y no tan egoísta. Marcelo no quería verla caminando al lado de ese hombre ni observar cómo la aga-

rraba de las caderas, cómo su mano empalmaba en esos huesos que eran su centro y conociendo ese lugar la agarraba como marioneta. Ella agarrada de aquel modo condenaba a Marcelo a quedar al margen.

Al perder lo sexual habían perdido la posibilidad de volver. Esta separación seguramente sería la definitiva. Marcelo no se amoldaba a la idea de no verla más. Debería ir a rogarle que volviera pero no sabía rogar. Que ella estuviera con otro era definitivo. Si fuera a rogarle, su dignidad de hombre se pondría en duda y entonces no solamente estaría con otro sino que perdería su dignidad. Si ella no volvía entregada, dejándolo jugar a entrar una y otra vez a la cuevita, Marcelo creía difícil que volvieran a estar juntos.

Habían pasado un par de semanas desde su partida. Poco a poco se iba alejando lo que habían vivido los últimos meses, ese tiempo tan duro e hiriente donde se habían dicho de todo. Sobre todo olvidaba lo que había pasado las últimas semanas. Ya no sentía la bronca del último tiempo. Día a día aparecía con más fuerza la Valentina que no estaba.

Sólo quedaban algunas cosas de ella en el departamento del minucioso inventario que hicieron. Tendría que venir a buscarlas y ahí aprovecharía para rogarle que volviera, y decirle que extrañaba cómo adivinaba sus cambiantes estados de ánimo. Sin la presencia de la bronca ella podía tocar el timbre y él le dejaría nuevamente un espacio en la cama, en el ropero, en la mesita de luz. Si ella tocara un timbre y su voz dijera “soy yo” volverían a estar juntos.

Marcelo quería volver al primer día, decía que solamente de ese modo sería posible cambiar la película.

—*Hagamos el intento de que nos vaya de otra manera, de cambiar* —decía.

—*Siempre tenés mucha esperanza.*

—*Nos podría ir de otra manera si vos no te quedaras todo el tiempo tirada en la cama cuando no te gusta algo que nos pasa.*

Comenzaban las peleas que ahora Marcelo recordaba sin bronca. Si ahora tocara el timbre no sería necesario que dijera su nombre, la dejaría entrar como cualquier día y, después de terminar la sesión con Federico, iría a buscarla riéndose de lo tonto que había sido no verla este tiempo. Le diría que ella era todo lo que quería y que no le importaba otra cosa. Si el timbre sonara, todo se solucionaría con unas pequeñas, emotivas y profundas palabras de explicación. Ese asunto del otro hombre, lo que se habían dicho, lo que pasaron el último día. Se habían conocido en el momento justo. La luna podía estar más cerca o más lejos pero ellos se vieron y rápidamente quisieron conocerse. Si ahora tocara el timbre... En la mesa del living, el episodio de la separación se daría por terminado.

* * *

Federico, después de un breve instante de silencio, dijo:

—*Me mintió y ahora no sé si voy a enamorarme nuevamente* —hablaba con una ligera emoción que le hacía temblar la voz.

—*Me parece que además de boludo, te sentís cagado.*

Marcelo pensó si había sido conveniente decir eso. En esos momentos es tan distinto ser el cagado que el cagador. Hay tanta distancia entre un sentimiento y otro, resulta tan importante saber quién ha tomado la decisión de separarse y quién queda sufriendo más. Decirle eso a Federico no era lo más conveniente pero ya lo había dicho. ¡Cuántas veces se le habían escapado frases y se había metido donde no debía!

—*Quizás lo que tenga que hacer es buscarme alguna chica y pasar cerca de ella para que me vea diciéndole te amo. Así no me sentiría cagado.*

Marcelo se sorprendió. Jamás se le hubiera ocurrido hacer eso. ¿Cómo podía ayudar a alguien tan distinto? Él prefería quedar al margen. No hacer lo que le estaban haciendo porque, por otro lado, no podría competir en eso. Aunque se levantara la misma cantidad de mujeres, los hombres que tuviera Valentina valdrían distinto. Perdería de cualquier manera. Federico era diferente a él, tenía más el porte del seductor, ¡cuántas veces la madre le había repetido eso del hijo seductor! Estaba segura de que era tan mal alumno como un seductor que conseguía lo que quería de las mujeres, incluida ella misma.

Los padres de Federico estaban separados, la madre hablaba de la separación y agregaba una noticia que debía ser tomada con delicadeza: el padre había rehecho su vida pero con un hombre. Hacía siete años que se habían separado y el padre estaba en pareja con otro hombre. La madre sentía una enorme necesidad de contárselo a todos los que la escucharan, pero se detenía ante su hijo. No sabía si podría contenerse por mucho tiempo más, quería

que fuera el padre quien le contara a los hijos pero ella tenía tanta ira que lo quería contar.

—*Tu padre es gay, ¡está saliendo con un hombre!* —ya tenía decidido hasta las palabras que usaría. ¡Cómo le costaba nombrar la relación con otro hombre! Hubiera querido decir: *Tu padre es puto*. También había repetido en varias ocasiones: *Tu padre es homosexual* sólo para oír cómo retumbaba al decirla. “Homosexual” no era una palabra que pudiera decir sin que un tinte rojizo le pintara la cara bella de madre cuarentona. Decir “gay” tampoco le sonaba muy bien, nunca se había llevado con el inglés. Tampoco “puto” pues era una palabra despectiva. Le hubiera encantado usar la frase: *Tu padre es un maricón*. De esa manera se garantizaba la reacción del hijo.

La madre sostenía que aún no había dicho nada porque no sabía cual era la palabra adecuada para nombrar al padre.

—*No creo que se lo tenga que decir usted* —protestó Marcelo. En esa oportunidad no había usado el “me parece que usted no se lo tendría que decir” sino una voz más fuerte pues estaba convencido que debía hacer lo posible para detener a la madre en el nombrar la relación del padre con otros hombres. La madre quería hablar del padre, relataba todo lo sucedido entre ellos hacía más de quince años, relataba con detalles. Ella algo había percibido pero lo había dejado pasar. Le había descubierto en los primeros años de pareja unas revistas pornográficas todas de hombres y, durante un tiempo bastante largo, él había tenido un amigo un tanto raro con quien salía los fines de semana cuando ya tenían tres hijos. Su marido tenía modales refinados y hablaba de una manera elocuente.

¿Es que siempre había sido homosexual y ella no lo había podido reconocer?

Marcelo se quedaba escuchando sin decir nada. Pero en cuanto a decirle al hijo, repitió:

—*Es una decisión del padre.*

—*Ya lo sé pero no sé si puedo bancármela. No soporto la mentira, el ocultamiento.*

Marcelo se sorprendía de cómo dos personas que estaban tan cerca hablaban de cosas tan distintas. La madre preocupada por cómo decirle acerca de la sexualidad del padre y Federico preocupado por cómo le diría a otra mujer “te amo”. En lo que no diferían era en pensar que habían vivido dentro de una gran mentira. A la madre ya no le sería fácil confiar en los hombres, a Federico no le sería fácil volver a confiar en una mujer. No volvería a creer en la boca preciosa de Sabrina diciéndole “te amo”.

Federico seguía hablando de cómo haría para verla en el club. Marcelo miró el reloj, observó la hora, había pasado media hora desde que Federico había comenzado a hablar, le dijo que lo esperaba la semana que viene, que si lo necesitaba lo llamara y arreglarían otro horario para verse. Le pidió la credencial de la prepaga a la que pertenecía el padre por su trabajo en el banco. Federico se la acercó y lo miró con esos ojos tan profundos y entradores que tenía, firmó el *vouchery* ya en la puerta lo saludó. Marcelo despidiéndolo le dijo que seguramente estaría el portero para abrirle. No quería bajar esa tarde hacia el palier y algo le aseguraba que el portero estaría aún allí.

Llegaba Hernán a verlo. Tocó el timbre y sonó, Marcelo le preguntó si podía entrar.

—Sí.

—Subí.

Ni bien entró se sentó rápidamente y comenzó a hablar, estaba ansioso por hablar. Le dijo que, por fin, se había decidido. Tenía una oportunidad de ir a trabajar a Chicago y, si bien lo había dudado mucho, esta semana se había inclinado la balanza. Agregó que debía ayudarlo a emigrar. Marcelo se sorprendió, era la tercera vez en la semana que una persona le comentaba que se iría a otro lugar, un lugar diferente de donde vivía. Tres personas en una semana le habían hablado de emigrar.

Tres veces en una semana, debe ser una casualidad, pensó y, a pesar de que no era muy cabulero, notó la repetición del tres. Tres eran las personas que le habían hablado de emigrar y también tres, la cantidad de veces que el timbre no había funcionado ese mes y tres semanas habían pasado desde la partida de Valentina.

Hernán le pedía que lo ayudase a saber cómo despedirse de su familia, de sus amigos, del país.

Marcelo habló rápido en reflejos:

—*También la ayuda concierne a la despedida de este lugar. De nosotros.*

Hernán sintió el golpe. Había un “nosotros”, a pesar de que creía estar solo, existía un “nosotros”.

—*Sí, me tenés que ayudar a despedirme de nosotros.*

—*Nosotros también es Manuela.*

Hernán sintió resquemor en su estómago. Estaba un poco flojo. Hacía dos años que se había despedido de Manuela pero aún recordaba ese día como si lo hubiera vivi-

do ayer. Estaban en casa de ella, tenían decidido separarse, ya lo habían hablado. Ella le propuso despedirse haciendo el amor. Él no lo resistió, el sólo pensar que no la vería más, que luego de hacer el amor la historia acabaría, lo dejó sin poder hacer nada. ¡Cuántas veces se acordaría de ese día! Se vieron esporádicamente hasta que un mes atrás se volvieron a ver y recordaron las tardes en que se habían cagado de risa.

Manuela dijo:

—*Nuestra forma de despedirnos debería haber sido distinta. Y vos podés hacer algo al respecto.*

A Hernán se le heló la sangre, el tiempo se había detenido, ese pedido era el mismo que cuando se estaban separando. Habían pasado dos años pero no había pasado el tiempo, la conexión no estaba rota, el tiempo no corría. Hernán se acercó a Manuela e hizo todo lo que pudo para sentir lo máximo. Él y ella querían en ese instante lo mismo y la pasaron muy bien. Luego de ese momento se quedó mal.

Desde hacía un mes, Marcelo venía dándose cuenta de su decaimiento y un par de semanas atrás le habían confirmado que tenía un trabajo en Chicago. Hernan dudaba si irse. Hasta hoy que decía haberse decidido.

* * *

Marcelo pensaba en las peleas con Valentina, ¡cómo habían ido empeorando! Lo peor fueron los últimos meses cuando ya no dormían juntos; en ese tiempo, hablar era

pelear, imposible mantener un diálogo y cuando lo sostenían no conducía a nada. Se habían dicho las peores cosas. Eran tantas... Un simple conteo conducía rápidamente a las más dolorosas. ¿Para qué recordarlas?

Marcelo le dijo que tendría un futuro parecido al de la madre, que le daba vergüenza cuando no salía del departamento por miedo a que le volviera a ocurrir aquel ataque y nadie la pudiera ayudar. Y, sobre todo le había dicho: *No quiero terminar como tu acompañante terapéutico.*

Valentina apenas se apenó cuando le dijo que él se iba a morir joven, pasando los cuarenta y cinco de alguna forma fulminante de muerte. Que su ansiedad además de matarlo en el futuro, en este presente, ahora, era antierótica. Que le parecía difícil que cambiara y pudiera aunque fuese una vez quedarse tirado al lado de ella simplemente tomando sol. Todo se amplificaba en las discusiones. Lo que se dijeron fue tan malo como lo que no se dijeron.

Marcelo nunca le creyó que se iría. No tenía un trabajo estable ni ganaba muy bien y nadie de su familia la podía ayudar. El país estaba en crisis. ¡Qué suerte que las posibilidades de ella estuvieran selladas: sin demasiado futuro salvo que siguiera con él que tenía casa, trabajo y ayuda familiar! El país se estaba empobreciendo y Valentina cada vez tendría menos oportunidades. Era ella la que se tenía que ir de su departamento. Así cómo había entrado, ahora con un par de años más y con la súbita aparición de ese terror cuando tocaba con la punta del pie las baldosas de la calle, debía tomar las valijas e irse.

¡Otra vez irse! Ella ya no recordaba su primera ida, eran infinitas, siempre tenía las valijas armadas. Su vida estaba regida por ese destino. Desde pequeña ya estaba prepara-

da, aun cuando no había valijas para hacer y sólo se llevara lo más querido, alguna bombacha, ese juguete que no era una muñeca pero que trataba como si lo fuera. Llegar hasta la puerta y darse cuenta que no sabía cómo seguir; todavía no le habían enseñado a cruzar la calle y lo único que podría hacer era dar vueltas a la manzana, una y otra vez.

Marcelo no creía que Valentina se fuera. Muchas veces él había tenido ganas de invitarla a irse como la había invitado a venir. Muchas veces ella había hecho simulacros de partida para ver qué pasaba con él, si le cerraba el camino o no.

Una vez Marcelo mencionó que evitaría su partida:

—*No te voy a dejar ir.*

—*¿Y eso qué cambiaría? ¿Pensás que algo cambiaría de nuestra relación? ¿Por qué harías algo ahora que nunca hiciste? No tenemos otra alternativa, ya probamos todo.*

Con las valijas preparadas esperaba un signo que le anunciara en forma clara cuándo partir. Llegado el momento, nadie le cerraría el paso. Con un acto intempestivo pasaría la puerta llevándose la ropa ya empacada y diciendo que pronto volvería por el resto.

En las discusiones Marcelo no dejaba de hablar acerca de quién se quedaría con cada objeto. Las cosas tenían una historia, nombrarlas era sacar a relucir las esperanzas que tuvieron al comprarlas. Todo era historia: la mesa del living, uno de los roperos antiguos de la pieza, un par de mesitas distribuidas con mucho tino —bien puestas con su mantel y sus adornos—, dos lámparas de piso, una que usaba en su consultorio.

Habían llegado a acuerdos con cada objeto pero Marce-

lo sentía que lo habían perjudicado en el reparto y no estaba convencido de cumplirlos. ¿Por qué debería entregar esos objetos cuando él había pagado gran parte de ellos? ¿Simplemente porque era ella la que se iba? No. No aceptaba pensar esos objetos como compensación para quien debía enfilarse a otra unidad habitacional.

Había días y días, discusiones y discusiones. Una tarde mientras ella buscaba dónde irse, le dijo que le gustaría que él no estuviera presente cuando realizara la mudanza. Marcelo le contestó que iba a estar presente. Valentina se enojó y se puso mal, salió disparada a la habitación para no verle la cara por varios días. Marcelo se quedó meditando, ese fin de semana había comenzado mal, no habría reconciliación ni ella saldría a buscar dónde irse. Podría ir a buscarla y ofrecerle ayuda. Él era así. Había sido criado para ayudar a quien tuviera problemas, y Valentina los tenía. ¡Cómo no ayudarlo a buscar donde irse si se trataba de una persona que quería aunque no se llevaran bien!

Ese fin de semana no tenía ninguna gana de ayudarla, iba de un lado a otro del departamento con bronca pensando: *¿Qué quiere?, ¿que la ayude a armar su nueva casa con parte de mi departamento?* La vida podía seguir sin ella pero él no podía seguir sin sus objetos. ¡No iba a permitir que se llevara la mesa del living ni la lámpara que tenía en su consultorio!

Valentina seguía en su habitación metida en la cama, con las persianas bajas. Estaba enojada. ¡Todo lo tenía que hacer ella! *Él tiene la posición más cómoda*, pensaba y tirada en cama lo odiaba: *El espera que yo actúe así como estoy*. Lo acusaba de hacerlo a propósito, debilitándola, sabiendo

lo que le pasaba, esperaba que ella actuara. ¡Con lo que le costaba actuar sin sentir terror a que le volviese a pasar lo que le había pasado tantas veces! Valentina, entre las sábanas, tenía una cara de sufrimiento indescriptible. Todas las cosas que le habían pasado en su vida y ahora encima era ella quien se tenía que ir. Como tantas veces, era ella quien se tenía que ir.

* * *

—*No estás decidido a irte* —le dijo Marcelo a un pensativo Hernán.

—*No es fácil irse, abandonar el lugar donde vivo.*

—*Sobre todo si todavía no te olvidaste de Manuela.*

—*No es eso solamente. No sé cómo dejar las cosas listas para irme, me acuerdo todo el tiempo de mi abuelo que emigró para estos lados; me habló tanto de lo que le pasó y de la tierra de dónde venía.*

—*Tu abuelo era un poeta.*

—*Como pocos, buscó tanto sus raíces que dedicó los poemas y toda su escritura a su tierra. Escribía para limpiarse el polvo que siempre parecía tener en sus zapatos de caminante.*

Se mantuvieron en silencio; Marcelo dijo mirándolo a los ojos:

—*Tendremos que hablar de lo que te llevás y de lo que dejás.*

Hernán miró para otro lado, no le resultó difícil, casi siempre su mirada era esquiva.

—¿No es mejor irse sin decir demasiado? Mi abuelo siempre decía que hay que irse sin decir nada.

—Tu abuelo no dejaba de hablar de su tierra.

Hernán se sorprendió. Era cierto. Su abuelo no solamente hablaba incansablemente del exilio sino que también lo escribía en noches y noches de insomnio.

—Traje unos textos de mi abuelo que no te los iba a mostrar.

—Me gustaría que los leyeras.

—Venía con la idea de no decirte nada, sólo traerlos.

—Pero ahora ya lo sé: sacalos. Si no tenés ganas de leerlos no los leas pero sacalos del escondite.

No había otro remedio que abrir la carpeta y dejarlos apoyados en ese sillón tan raro. Hernán se rió de la jugada que había intentado. Los papeles eran antiguos, con letra manuscrita en hojas carcomidas y amarillentas que denunciaban en su vetustez el pasaje del tiempo. Las hojas crujían y resonaban en su reverencia. Era material inédito que Hernán había traído de su abuelo, admirado dentro del mundo de las letras. Esos papeles tenían inscripciones de una letra que ambos respetaban, hubo una emoción compartida.

Marcelo miró las hojas que estaban en el diván y preguntó:

—¿Qué es lo que te resulta insoportable de mostrar de esos papeles?

—Las palabras que usa para hablar de la emigración, se supone que es lo que me va a pasar a mí.

—¿Qué ha sido lo que más te impresionó?

—La idea de que partir es partirme. Era increíble escucharlo hablar de su tierra, cómo lo contaba y ahora está aquí escrito. Él nos mostraba la suela de los zapatos y nos decía que todavía

no se le había despegado el polvo de su tierra. Yo veía esos zapatos y era así, no había pasado el tiempo para ellos, eran ellos los que mostraban que él estaba partido. Esos zapatos no querían pisar ningún otro suelo que la tierra donde nacieron. Sus zapatos melancólicos renunciaban a caminar por otras tierras más allá del mar.

—¿Y qué de tu partida?

—*No resisto la idea de no estar más acá. La sensación de pérdida es muy fuerte. Y ¿sabés lo que más me duele perder? La posibilidad de un encuentro inesperado. Antes de ayer, iba caminando por Santa Fé y me encontré por casualidad con un flaco que había sido muy amigo mío en la secundaria.*

—*Te lo encontraste porque simplemente viven en la misma ciudad.*

—*Me lo encontré simplemente porque yo pasaba y él estaba en la puerta de un bar esperando vaya a saber qué cosa. Un encuentro inesperado, simplemente nos encontramos.*

—*No te vas a encontrar, como por casualidad, con Manuela.*

Marcelo estaba empecinado en traer ese nombre pues creía que ese encuentro de hacía un mes tenía que ver con esta súbita decisión migratoria. Unas lágrimas hicieron brillar los ojos de Hernán.

Tomó los textos que estaban en el sillón y leyó: *“He navegado en bodegas malolientes de pescado podrido para llegar a estos suelos y sólo me importa que no hay marcha atrás. No hay manera de saber más de los que quedaron. No sé que fue de ellos. Del abrazo que ayer tuvimos ya han pasado décadas, un tiempo inmemorial”.*

Hernán detuvo la lectura. Miró para donde estaba Marcelo y éste comprendió.

—*Mi abuelo tuvo un gran amor que dejó en la tierra de sus*

padres. Por más que estuvo cuarenta años con mi abuela, siempre estuvo presente ese amor. Yo me crié atrás de la casa donde ellos vivían. Su mirada parecía estar posada muy lejos, estoy seguro que hubiera querido ver de lejos a su patria pero verla y no que desapareciera atrás de los mares.

—*Hablaba mucho de la emigración y no hablaba mucho de ese amor.*

—*Repetía como un disco rayado parte de su historia: cómo había llegado con una mano adelante y otra atrás, decía que la migración era una planta monstruosa. Una planta que tenía las raíces a miles de kilómetros, el tallo que debería unir el fruto con la raíz era una distancia, la separación que producían dos mares y un océano.*

Hernán siguió leyendo: “*El sol me mira cuando las raíces respiran en la noche, las raíces duelen de noche bajo el sol*”.¹

Después agregó mirando a Marcelo:

—*No sé si tengo ganas de irme, no me puedo sacar de la cabeza a Manu, ¿cuánto tiempo voy a estar pensando en ella? Pienso y pienso, Manu no se hizo tanto problema con la despedida. A ella le excitaba pensar que ésa era la última vez que estábamos juntos.*

¡Por fin había salido el tema! Marcelo le dijo que aún no era tiempo de emigrar, que deberían tomarse un tiempo para hablar. Se levantó rápido de su asiento, dijo que bajaba a abrirle la puerta. Después de salir del ascensor, en el palier, le daría un fuerte apretón de manos: *Te espero sin falta el jueves*. Antes de salir del consultorio le acercaría un *voucher* para que firmara la consulta; estaba atento

1. Texto extraído de Gelman, J.; Bayer, O., *Exilio*, Legasa, Buenos Aires, 1984.

a la firma de los pacientes porque el viernes tendría que presentar los *vouchers* en la empresa de tercerización de servicios en salud mental donde trabajaba.

* * *

Suena el timbre del portero. Marcelo tenía gran expectativa por ese timbrazo que anunciaba la llegada de Gonzalo. ¡El último paciente del día! Tenía mucha expectativa por saber cómo estaba, cómo había estado durante la semana. Hacía un par de semanas que Gonzalo se había sentado, como lo haría hoy, y había comenzado a hablar con una voz y una pronunciación rarísima. Marcelo le preguntó qué le pasaba y éste, sin decir mucho, abrió la boca y lo invitó a que mirara en su interior. No solía acercarse tanto a los pacientes pero puesto frente a la invitación y a su intriga por esa voz tan gangosa e indescifrable, se acercó y lo que vio lo convenció de que había hecho lo correcto. En el medio de su boca había un aparato de ortodoncia, un artefacto de cobertura plateada instalado en su paladar. El objetivo de semejante aparato era doble: abrir espacio en su boca para nuevos dientes y poner en fila a sus viejos dientes que desparramados tan anárquicamente daban a su cara una singular fisonomía. El aparato era una pinza, abría el paladar empujando los dientes hacia delante y hacia los costados. Un primer objetivo era el agrupamiento de los dientes delanteros separados unos de otros por un par de milímetros, el segundo era dejar espacio para las muelas de juicio que no tenían lugar para salir.

—*Ésta es la verdadera máquina de ajustar* —dijo Marcelo. Gonzalo rió.

La madre lo había empujado a venir a verlo porque lo consideraba un incorregible. También lo había empujado al odontólogo porque consideraba que su dentadura era un desastre. Tanto el psicólogo como el odontólogo debían ajustarlo. Marcelo sonrió, la palabra “ajustar” le daba gracia, ¡estaba tan gastada! Los diarios la repetían en todas las noticias y sobre todo la repetía hasta el hartazgo el Ministro de Economía. Ese ministro estaba desde siempre, desde sus quince años ese hombre ocupaba altos cargos en el gobierno, sin importar si eran gobiernos militares o civiles, radicales o peronistas, siempre sostenía que había que ajustar para salir de la crisis.

Gonzalo no había encontrado razones para no dejarse poner el aparato. Lo habían agarrado desprevenido y no había logrado, estando ya sentado en el sillón del odontólogo, imaginar lo que pasaría. No era solamente el aparato sino que debía abrir la boca día tras día, semana tras semana, para que el padre le diera una media vuelta cada vez. Todo habría sido más sencillo si su padre hubiera cumplido en tiempo y forma el régimen estipulado por el odontólogo. Pero no. Su mano se metía en cualquier momento, llegaba sin previo aviso. Después de guardar el taxi en el garage, en algún momento, cuando se le antojaba, iba hacia su boca y ajustaba el torniquete. No había imaginado tampoco que cada vuelta sería galadornada por una pequeñísima pero cada vez más evidente dificultad en la pronunciación y por tanto, en la comprensión de quienes lo escuchaban.

Claro que los padres preferían no entender lo que el

hijo les decía con esa enorme boca para quejarse. La madre hubiera preferido que se callara, el padre que se dejara dar vueltas el aparato y se acabó. La madre deseaba no escuchar los alegatos iracundos e insoportables contra las tardanzas del padre. Eso terminaba por salpicarla a ella, Gonzalo le decía que quería más al hermano mayor y al menor que a él, el último en recibir su consideración.

* * *

Marcelo pensaba en los ajustes económicos tan repetidos por ese super ministro. Los reiterados ajustes le cerraban la boca, lo dejaban sin palabras. No podría decirle a Valentina que debían separarse y que a ella le tocaba armar valijas y salir por la puerta sin vuelta atrás. Como no se lo podía decir, no había otra solución que seguir compartiendo el departamento. No le diría que se fuera, ¿adónde iría no teniendo demasiada ayuda ni pudiéndose quedar sola, en estas épocas de ajustes? En cinco años se habían profundizado las dificultades económicas del país. Valentina tampoco era la misma que él había conocido. Tenía mucho miedo a estallar en el medio de la calle. Si se fuera no tendría dónde ir porque no volvería, por nada del mundo, a casa de la madre.

Marcelo iba notando que al no poder hablar, poco a poco, dejaba de ser el propietario de su departamento. Ya no tenía derecho a decirle que era suyo, que comenzara a meditar acerca de un lugar a dónde ir. Nunca lo había dicho y nunca se lo diría: que abandone la casa. Esa fra-

se retumbó en su memoria: *¡Quien abandona la casa es...!* Tantas veces la había escuchado en un un programa de televisión. No en su televisión sino en la siempre prendida televisión de su vecina del séptimo “A”. ¿Cuántas veces había ido a pedirles que bajaran el volumen?, que sentía como si tuviera esa televisión prendida en su cuarto, que le costaba por momentos mantener la atención en su trabajo. La vecina ponía cara de comprender pero en tono de disculpas decía que ese programa lo veía su hija de 14 años y que resultaba difícil que le hiciera caso, pero que tuviera paciencia porque ese programa no duraría para siempre.

—*¡Que no va a durar para siempre! Yo lo escucho en todos los horarios del día.*

—*Es que lo transmiten todo el día.*

Marcelo, al principio, no lo podía creer; era la mañana, la tarde o la noche, y el programa estaba ahí. Sólo faltaba que esa chica prendiera la televisión y se dispusiera, con el aparato prendido, a hacer su vida normal. Esa normalidad construía otras normalidades aún desconocidas para esa muchacha. Al poner el volumen tan alto Marcelo escuchaba el programa como si tuviera una televisión prendida en su habitación. ¡Ese programa tenía que terminar, por favor! Marcelo, desesperado, había seguido una a una todas las nominaciones y no tenía que hacer ningún esfuerzo para traer a su memoria el alarido de suspenso y la voz de la conductora que en un grito enardecido de agudos anunciaba:

—*¡Quien debe abandonar la casa es...!*

Expectativa, un momento de tensión máximo y luego un nombre. ¡Había uno menos! Marcelo sacaba cuentas,

se imaginaba cuánto faltaría, no sabía bien cuándo terminaría pero tenía presente que el juego televisivo continuaba hacia su objetivo final: la desaparición.

Desde que lo escuchó por primera vez hasta que entendió cómo era el juego pasaron un par de semanas. Era un juego de nominaciones, votaciones y salvoconductos. Se trataba de un grupo de personas que aceptaban convivir en una casa con personas que no conocían que también participaban del juego. El juego tenía como regla principal que se nominaran y se echaran unos a otros hasta que el último se convertía en el ganador de una interesante suma de dinero pero no una millonada. El juego era sencillo, lo que no estaba escrito en las reglas era que, en realidad, consistía en ver quién se adaptaba mejor a la situación de permanecer encerrado con extraños por meses, con cámaras en todos los rincones e imaginando que millones de personas estarían observando lo que hacían. Habían firmado un contrato antes de entrar a la casa donde aceptaban que se grabara todo lo que pasaría: cómo te bañabas, te depilabas los pelos de las piernas, te mirabas al espejo y hablabas en murmullo con el otro sabiendo que ahí estaba la cámara leyéndote los labios.

Ese programa tendría un final; alguna vez, uno de los participantes quedaría solo con las cámaras y hablaría a un público de la extrema soledad y del éxito. Pero en el día a día ese programa no tenía final, se podía ver todo el día, y la chica de 14 años era una *fan* pues había llegado a disfrutar y compartir la vida cotidiana de los integrantes de la casa.

Por esa vecinita, por ese programa, Marcelo comenzó a contar los días que faltaban para que Valentina se fuera del

departamento. Debía haber un final, como estaban viviendo no podía durar para siempre. Ese juego se iba haciendo famoso y ya muchos imitaban lo de la nominación y cuando se enojaban decían: *Estás nominado, debes abandonar la casa.* Él nominaría a Valentina para que abandonara la casa pero no tenía sentido pues luego no votaría para que la dejara.

* * *

Gonzalo, su último paciente del día, tardó menos de lo usual en atravesar la planta baja, subir en el ascensor, tocar timbre y saludar. Se sentó velozmente y dijo a boca de jarro:

—*Quiero matar a mi padre, lo quiero pasar por arriba con el coche, encerrarlo en una calle y pegarle en el medio de la cintura para, si no matarlo, dejarlo paralítico.*

—*Te creo capaz, pero ¿por qué no le decís algo de la bronca que le tenés?*

—*Lo nuevo: tiene una parálisis facial, el médico dijo que no hay que molestarlo, no puedo ir a decirle nada. No aguantó más.*

El padre ajustaba el aparato cuando se le ocurría. Dar cuerda al aparato no era lo mismo que no dejarlo ir a andar en bicicleta por la calle, o quedarse mirando un programa hasta las dos de la mañana. Pero ayer le había dicho *ya basta*, que no iba a darle ni una vuelta más.

Marcelo había tenido una reunión con los padres hacía dos días. No le habían contado nada de la parálisis facial. Se habían presentado así. La madre, una mujer re-

gordeta y con edad difícilmente escudriñable, hablaba en forma inculpativa de que Gonzalo estaba peor desde que concurría a su consultorio e insinuaba que llamaría a la prepaga para exigir cambio de profesional tratante. Antes que la madre explicara lo que había pasado y exclamara con voz chillona y terminante: *Así quedó por las peleas con Gonzalo*, Marcelo observó la mueca congelada en una parte de la cara del padre y tuvo un súbito ataque de risa que pudo contener a tiempo.

El aspecto del padre era indescriptible, había un gesto patéticamente gracioso congelado en la mitad izquierda de su cara. Esa parte de la cara parecía, a primera vista, muerta. El efecto hilarante lo producía el hecho de que la parálisis era una mueca: parecía un payaso detenido en su momento prodigioso. Mientras una parte de su cara seguía la gestualidad de las argumentaciones de sus palabras y preocupaciones, la otra parte había quedado inmovilizada en una mueca que parecía estar haciéndole burla a la parte derecha, a la cara argumentativa.

Era imposible no reírse de lo que estaba pasando en la cara del padre. Marcelo, apurado por esa risa, volvió la mirada hacia la madre. No se podía prestar atención a lo que decía el padre quién quería que se hiciera caso a sus órdenes.

Marcelo decidió hablar:

—Gonzalo está peor desde que le pusieron el aparato de ortodoncia y cada vez se le entiende menos cuando habla, esto le genera cada vez más bronca e impotencia.

La madre sintió ese comentario como una acusación. Había sido ella quién había llevado a su hijo hasta el sillón del odontólogo. ¿Había otra manera que escondién-

dole para qué iban? Luego allí, ese hombre con delantal de un celeste tan aguado que parecía un verde desteñido, le diría que no había más alternativa que ese aparato en la boca.

Marcelo preguntó súbitamente por el odontólogo. Siempre le había interesado ese personaje. Sabía que tras una carie se escondía un odontólogo. Desde chico sabía de la obligación de lavarse muy bien los dientes para que ellos con sus tornos y sus anestésicos no aparecieran. Valentina siempre tenía algo para decirle sobre sus dientes. Miraba noche tras noche cómo se cepillaba, con más de un cepillo de dientes, el esmero que ponía y le decía desaprobatoriamente que era un obsesivo.

La madre se apresuró a contestar pues esa referencia al dentista era, sin lugar a dudas, otra acusación personal. Comenzó a relatar con minuciosidad las razones aducidas: Se trataba de quedar o no con ese aspecto para siempre. Ése era el momento. No había alternativa. Y continuaba diciendo que hoy una hilera de dientes bien alineados resulta no sólo una responsabilidad de los padres en relación al cuidado bucal sino imprescindible para pensar una vida laboral en el futuro.

—Si ya no piden un nivel educativo determinado sino piden presencia.

Gonzalo creía, en ese punto, lo mismo que la madre para abrir la boca y dejarse poner eso. Pensó que quería encontrar urgente un trabajo para irse de la casa de sus padres.

La madre seguía hablando, hacía unos días habían ido nuevamente a ver al odontólogo y que había noticias frescas. Marcelo sacó valentía y volvió la mirada hacia el pa-

dre que no hablaba. El resultado fue espantoso, aun callado era imposible mantener la mirada en él sin que una terrible carcajada saliera de lo más hondo del estómago. Callado era más hilarante.

Menos mal que la madre sigue hablando, pensó Marcelo ante la enumeración detallada de dichos y porqués del dentista y cuando pudo dijo:

—*Algo raro ocurre con ese aparato que tiene en la boca... Esto lo debe saber el dentista.*

Un silencio. La madre vuelve a tomar la palabra y cuenta acerca de las novedades. Marcelo imaginaba la cara del dentista. *Es extraño lo que logra*, pensó. La madre cuenta noticias de lo más interesantes: “Lo nuevo del dentista”. Había dicho que después de todo este tiempo de ajustes tras ajustes, de semanas y meses, tomando en cuenta los resultados, era el momento de parar y de aceptar las cosas cómo estaban.

—*Hay que vivir con lo que se tiene.*

Y ante el desconcierto de los padres había agregado:

—*Con la cara que se tiene, si no hay más lugar para los nuevos dientes, no hay más lugar. Si los dientes quedan desaparejos que queden así.*

Su largo discurso sostenía que no era culpa de los padres que los dientes estuvieran así, que ya no había más tiempo ni lugar para ajustes.

Marcelo imaginó al dentista con la cara de ese ministro de economía diciendo el nuevo *slogan* del gobierno: *Ya no hay más ajustes, se vive con lo que se tiene.*

Después de tantas peleas y tantos ajustes, no había que dar más vueltas en la boca de Gonzalo. ¡Ni una vuelta más! Ahora ese aparato repentinamente era inservible. Todo

quedaba como estaba, después de tanto esfuerzo, todo iba a quedar así. Ante el nuevo discurso ya no importaba el aparato de ortodoncia, ni las vueltas y tardanzas del padre, ni la voz iracunda de la madre. El odontólogo había hablado y ahora se trataba de aceptar la realidad tal como era. Ya no importaba la preocupación materna de dientes alineados, blancos y limpios ni el padre recorriendo la ciudad tratando de llegar a tiempo. La realidad decía “basta” y ahora había que aceptar cómo había quedado todo. La madre dejó de hablar y quiso escuchar su opinión.

Marcelo dijo intentando mirar al padre:

—Todos estábamos en la boca de Gonzalo, empujando, peleando y ahora resulta que: Ya basta. ¿Qué hacemos ahora? ¿Cada uno es escupido para su lado o intentamos encontrar un nuevo lugar de reunión?

Marcelo despidió a los padres. Bajaron los tres en el ascensor sin haberse entendido del todo. Pero pasó algo extraño: cuando miró fugazmente la cara del padre notó que había cambiado. El lado izquierdo no se burlaba de la otra parte, volvía a tener una cara normal, la del trabajador preocupado por los desaguisados familiares, aguantador de los misiles maternos e impotente frente a los ajustes que tenía que realizar.

* * *

Valentina intentaba cambiar de cara, recordar los momentos buenos que habían vivido pero no podía. Un día le dijo que era mejor que cada uno se ocupara de lo suyo. Marcelo no lo tomó mal; era fin de semana, quería salir, si no estuviera de acuerdo no podría salir ni a la puerta. Aceptó hasta con optimismo esa propuesta; creía que, de esa manera, algo de su bronca se calmaría.

Valentina era más pesimista: llegar a ese punto era estar en tiempo de separación. Un par de días después le pidió que durmieran en distintas camas; quería tener lugar para imaginar otro hombre tirado al lado de ella tomando sol y dejando que la vida enfilara sus tiempos sin tensiones, un hombre dispuesto a arrojarse en lo profundo cuando ella sintiera en su piel sensible los rayos solares. Y no Marcelo que cuando se tiraba a su lado se terminaba levantando rápidamente. Siempre tenía algo para hacer, una enorme ansiedad se le dibujaba en la cara. Ella esperaba que se quedara ahí hasta cuando el deseo marcara su sonrisa con sus dientes blancos y enormes pero él hervía por dentro y por fuera. Ella no lo dejaba tocarla hasta que el sol ardiera en su piel y sintiera su cuerpo desparramado en el suelo de madera. Marcelo sentía que su piel se quemaba mientras Valentina notaba que su hombre no podía quedarse un rato tirado a su lado. No pedía demasiado: un rato sin hacer nada; sus ganas sólo aparecían ante la nada, un tiempo sin objetivos prefijados. Él se cocinaba al sol esperando que ella tuviera ganas. Al verlo tan inquieto Valentina estaba segura de que la pareja no funcionaría.

El “no funcionaría” era casi tan largo como el tiempo que llevaban juntos. ¿Cuándo había empezado? La an-

gustia la sintió por primera vez en aquel cumpleaños sorpresa que le organizó. Fue una noche fundamental en su vida, ella siempre repetía y tenía presente ese momento en el que por primera vez sintió aquel ataque yendo hacia el baño del bar.

Ese día, el recuerdo de ese día, lo que pasó en esa fiesta le cambió la vida. Nunca más volvería a ser quien había sido. En adelante, salir a la calle, estar sola, viajar buscando las distancias a la luna, no sería sencillo. Toda su vida terminaba en esa fiesta y recomenzaba, ahora sin camino a la vista, perdida, con mucho miedo a encontrarse de repente en un laberinto lleno de peligros.

Para organizar la fiesta tomó la agenda y buscó todos los números de teléfonos de amigos y amigas. Miró con detalle cada nombre en la libreta. Con qué ímpetu los había remarcado. Valentina pensaba que debía haber una mujer que tenía capturada la mirada de enamorado de Marcelo y que por eso no la miraba a ella de ese modo.

Valentina debía encontrar a esa mujer; suponía que debía estar muy claramente marcada tanto en el alma como en la agenda telefónica donde buscaba con detalle los teléfonos de toda la gente amiga para la organización de su fiesta de cumpleaños número 30. Valentina estaba segura de que esa mujer se encontraba en una terna de amigas invitadas especialmente a la fiesta sorpresa.

Lo demás ocurrió el día de la fiesta. Y pasó que, en un instante de esa fiesta, después de la confirmación de sus presunciones a Valentina le cambió la vida. Yendo para el baño y mirándose la cara en el espejo del baño, sintió que, sin lugar a dudas, ¡era definitivo! Tuvo tanto miedo a volverse loca, a estar ya loca, tenía tanta necesidad de

que alguien la agarrase de las manos y no la soltase durante todo el tiempo que durara aquello, un tiempo infinito. Fue el temor más enorme que había vivido, la clara evidencia de que detrás de su cara hermosa había otra cara, una cara monstruosa, la cara de la locura. A renglón seguido, cuando le comenzaron a sudar las manos –por la cantidad enorme de pulsaciones de su corazón– temió no poder volver nunca más a un camino seguro. Era la locura lo que encontraba en su cara, le venía siguiendo el rastro y ahora la había encontrado: estaba totalmente perdida y ya le había borrado todos los caminos de regreso.

Ella enumeraba detalladamente qué había pasado en esa fiesta, creía que contándolo una y otra vez encontraría la clave para volver el tiempo atrás y que nunca hubiera pasado lo que pasó.

A Marcelo no se le había cruzado por la cabeza que Valentina le organizaría una fiesta sorpresa de cumpleaños. Fue conducido por un amigo hacia la zona del bar. Desde la esquina la vió. ¡Qué mejor sorpresa que encontrarse con Silvina por casualidad, vestida tan linda como estaba! Antes de darse cuenta de que estaba lleno de amigos, la vió a ella. ¡Qué encuentro inesperado! Tantas veces había soñado cruzársela caminando así, por casualidad. Cuando llegó a esa esquina de San Telmo la vió y se olvidó de todo frente a esos ojos tan fascinantes como una noche estrellada.

Valentina había advertido a un par de amigas que no perdieran detalle porque temía perder objetividad –o quizás estuviera un poco nerviosa– y no pudiera determinar con precisión cuál del terceto de mujeres tenía retenida la cara de enamorado del hombre con quien dormía

y compartía un proyecto de convivencia. Las tres amigas no tuvieron dudas en señalar a esa morocha, pelo negro, ojos negros, piel oscura, aindiada, con boca y ojos tristes pero que de pronto florecieron cuando él la miró. Qué bien que se sentía Marcelo con ella, como subido a un tren que pasea por las nubes, sólo para ellos dos. Era genial lo que pasaba y esa genialidad dependía de lo que él había dicho para estar con ella en las inmensidades de las alturas. Valentina y las dos amigas no tuvieron que debatir acerca de quién era la elegida cuando vieron la mirada que le echaba. Cuando se vieron, ellos dos estaban solos, no existía nadie más.

Valentina contaba una y otra vez que esa imagen fue la causa de lo que le pasó. Repetía que ésa era la forma en que ella esperaba ser mirada. Esa imagen le había causado ese enorme temor que aún seguía teniendo. La cara que observó en el espejo del bar la perseguía y la había encontrado. Estaba loca, completamente loca.

CAPÍTULO II

Después que se fue Gonzalo, Marcelo se relajó. Había sido su último paciente del día. Le había hecho firmar el *voucher* y le había dicho que lo esperaba la semana siguiente. No le había resultado sencillo el día laboral, estaba agotado.

Fue hacia la cocina. Valentina estaba muy presente en esas llaves colgadas de un gancho en la cocina; quiso agarrar el llavero y llevarlo a un cajón de la mesita de luz para no verlas pero observó la cantidad de vajilla que se acumulaba en la pileta. Ella muchas veces le había repetido que era un obsesivo por la cantidad de veces que se lavaba los dientes pero muchas más veces había utilizado el ejemplo de los platos sucios para ilustrar su manera de ser. Creía entender que Marcelo separaba todas las acciones en insignificantes o trascendentes. Y la tarea de los platos le resultaba particularmente insufrible porque esos objetos esperaban ser lavados diariamente. ¡Tanta tiranía de unos simples utensilios! Era el colmo, encima de su insignificancia exigían una tarea sin final. ¿Qué cambia en la vida lavar un plato más o un plato menos?

Un día antes de la partida de Valentina, Marcelo se puso a lavar los platos sucios de dos días. Hacía un ruido

espantoso con la vajilla que crujía con sonoridad temeraria. Los lavaba con bronca. Luego de terminar la primera parte que consistía en platos, vasos y tasas, iría hacia la habitación donde estaba ella y le arrojaría una trompada al estómago.

Jamás hubiera podido imaginar su cara de sorpresa como respuesta a su acción inaudita, la acción que no se hubiera creído capaz de realizar. ¡Por fin salía del callejón sin salida! Agarrar los platos y romperlos de una buena vez. Quebrar la cotidianeidad. Ese golpe era, por más que doliera, un intento esperanzado. No podía ser que no pudiera tocarla, no podía ser que siempre se acercara con miedo a no estar haciendo bien las cosas.

Valentina, mientras tanto, cayendo de espaldas en la cama, procesaba el golpe. Era lo que necesitaba para decretar el final. El destino venía en su ayuda en la mano cerrada apuntando a su cuerpo. Era el final de la pareja. Al día siguiente, nada le impediría salir por la puerta del departamento sin detenerse a mirar hacia la cocina. No pensaría en las noches vividas juntos, en el toqueteo de pies en una noche helada, en cómo agarraba sus manos cuando tenía ese miedo espantoso. Valentina se iría; el golpe era el signo de que todo seguiría igual. Él jamás podría tocar su cuerpo, desvestirla y con el pene incómodo en su ropa meterse dentro de ella con la longitud de su deseo y llegar al botoncito que prendiera la luz de su excitación. No podría.

Marcelo soñaba con poder. Salía a caminar por las calles de la ciudad en verano, cuando el calor pegajoso dejaba ver los cuerpos, cuando la ropa se derretía mientras la gente caminaba; él tenía abruptos arranques de exci-

tación frente a una curva femenina pronunciada como un acantilado, frente a una boca húmeda o la belleza de unos ojos que pasaban por ahí. Sentía arranques de excitación pero estando con Valentina no podía mover un brazo, acercar una mano para acariciarla con intenciones de que pasara algo. Ni el mínimo movimiento sin que lo azotara una brutal resistencia. Tirarle una trompada al estómago era intentar avanzar. La trompada no era un golpe sino la esperanza de que algo se quebrara y ellos pudieran liberarse y reencontrarse, volver a jugar con las lenguas el juego del caramelo, chupándolo hasta derretirse en las bocas entrelazadas.

Marcelo estaba en la cocina después de un día laboral agotador. Quería comer rápido e irse a la cama. No había platos limpios pero no le importó. Tomó impulsivamente las llaves y las metió dentro de un cajón en la cocina. ¡Por lo menos no las vería tanto!

Se fue a dormir. Ansiaba dormir, se predispuso cuando se metió dentro de las sábanas a que esa noche durara eternamente. Si ese día había sido tan cansador, quería hundir su vigilia en el más remoto olvido y sin sueños que alteraran su tranquilidad. Deseaba dejar de existir por un rato, levantarse al día siguiente como si nada hubiera pasado: nuevo. El sueño reparador. ¿Cuántas horas tendría que dormir para reparar todo lo que le había pasado ese día? Cuando se iba a dormir, todo desaparecía, aun Valentina.

No le resultaba sencillo conciliar el sueño; ella parecía mantenerse expectante hasta el último momento de vigilia. Muchas veces cuando se despertaba a cualquier hora

de la noche, Marcelo miraba para ver si ella estaba despierta. A poco de conocerse, en esos primeros días, Valentina le dijo que le gustaría que la despertara haciéndole el amor. Cada vez que se despertaba de madrugada Marcelo pensaba en eso. ¿Podría despertarla de esa manera?

* * *

Esa noche de sueño no dura demasiado. A la madrugada, entre las 2 y las 2.30, el teléfono lo despierta. Escucha ese sonido con temor. Teme contestar el teléfono tanto como teme no despertar a Valentina tocándola con su deseo. Vuelve a la realidad, esa pequeña franja tan extensa por momentos, todo era un ensueño, ella no está a su lado.

¿Quién llamará? A esa hora debía ser ella. ¿Quién otro? Tanto le había insistido con eso de las ex novias –*Nunca la terminaste de cortar*– que hacía años que había dejado de llamarlas por teléfono. Entonces, ese llamado, tenía que ser ella. Valentina estaba apurada por hacerle saber lo que había descubierto: no importaba lo pasado en comparación con el amor que sentía. Marcelo creía que volvería. Valentina era muy cambiante: de estar todo mal, un instante después pasaban unos días como de vacaciones. De repente, se levantaba y lo miraba con esos ojos tan fulgurantes que encandilaban. Era ella quien llamaba para decirle que estaba volviendo, con el flete de mudanzas y con todos los objetos que se había llevado. Ella nunca terminó de aceptar lo que les estaba pasando, no era posible que

ellos se llevaran tan mal. Valentina, siempre tan inesperada estaba volviendo. Ese llamado era su aviso.

La creencia en el retorno duró poco. Seguramente ya estaría en su nuevo departamento, con ese hombre presentado como amigo y ahora resultaba que...

Marcelo estaba despierto, no tenía dudas. Sus ojos se detuvieron en la oscuridad. Estaba a oscuras y sonaba el teléfono. Algo había que hacer, primero prender la luz y luego contestar el teléfono.

¿Quién será? ¿Será un paciente? Empezó a sopesar posibilidades. El tiempo se había detenido en ese dilema a resolver. Solamente él podría, convirtiéndose en el centro de acción, ir primero hacia la tecla de la luz luego levantar el tubo del teléfono y, finalmente, preguntar quién era. Una acción era primera y debía continuar la siguiente y, por fin, la última que no sería más que la primera de una nueva secuencia de acciones. Había un orden secuencial y una lógica casi tiránica que debía cumplir. Llegar hasta el teléfono suponía ir primero hacia el velador de la mesita de luz y teclear la ficha de encendido. *¿Quién había establecido ese orden?* Esa secuencia de acciones lo llevaba a tener que hurgar en la tenebrosa oscuridad. Había que suponer que la sustancia se mantenía inalterable, que el objeto "lámpara" seguía allí. Había que confiar y alargar la mano, encontrar luego de un toqueteo espacial ese velador y guiándose por los contornos de su fría contundencia, ir hacia la tecla y balancearla hacia *on*. Pero antes de prender la luz un pensamiento lo llenó de indecisiones, ¿por qué debía contestar el teléfono?

Puedo no prender la luz a la noche para atender el teléfono y

también puedo no atenderlo y dejarlo sonar hasta que reciba la llamada el contestador automático.

Ya estaba despierto, definitivamente despierto y con curiosidad acerca de quién sería. Su departamento era su lugar de trabajo, su número era el mismo que daba para que lo llamaran en caso de urgencias. Debía contestar, era un deber profesional.

¿Y si fuera un llamado personal?

Ese repiqueteo regular y esporádico podía ser la llamada de la desgracia. Tantas veces había esperado el llamado de la desgracia a esas horas y hoy llamaba a su número. ¿Cuántas veces había soñado que una voz femenina le dijera que su padre había tenido una descompostura? ¿Cuántas veces había esperado que lo llamaran del laboratorio para informarle que tenía sida? Y era otra vez una voz femenina. Cuántas veces que le dijeran que tenía un cáncer con metástasis en el hígado y en los pulmones. Había antecedentes, un tío abuelo, una tía...

La acción final de prender la luz y tomar el tubo del teléfono fue realizada en forma rápida. ¡Ya había luz! Todo parecía simplificarse y hasta tuvo tiempo de practicar las distintas entonaciones para hacer frente a lo que venía. Sabía que no pondría voz de preocupado oledor de la tragedia ni disimularía la voz de dormido, ese sonido venido de las cavernas del pecho.

Marcelo levanta el teléfono y antes de preguntar *quién es*, una voz comienza a hablarle. ¡Era quien se había imaginado! Mariana, una chica de 17 años, le decía que quería hablar con él, le quería contar algo importante que había pasado. Mariana, pese a la hora, era un llamado esperable; por eso, Marcelo se recostó en la cama dispuesto

a escuchar lo más confortablemente posible. La semana pasada se había intentado tirar por la ventana. Por suerte no había llegado a mayores. Al otro día se había encontrado acostada en su cama. Nunca supo bien cómo terminó ahí, quizás perdió el conocimiento justo después de abrir la ventana del balcón segura de querer tirarse. Marcelo le había rogado que lo llamara a cualquier hora antes de cometer una tontería.

—*Prometémelo.*

—*Te lo prometo.*

Y ahora lo llamaba; había que escuchar qué pasaba.

—*Yo le hice una pregunta sencilla* —contaba Mariana—
Le pregunté si me amaba y él dijo “no”.

Mariana hablaba de Ezequiel, su novio desde hacía dos años. Desde hacía varios meses venían con dificultades, una semana atrás habían decidido separarse nuevamente. Mariana llamaba a Marcelo para contarle que cuando escuchó ese “no” decidió cortar la relación definitivamente. La prueba de la decisión tomada era que había agarrado una caja de zapatos que encontró en el armario del padre y había tirado todas sus cartas y fotos allí. Esa caja era la tumba de todos sus sentimientos y esperaba que no se reencarnaran. Ah... de paso le quería contar el quilombo que se había armado por lo de la caja de zapatos.

Ayer a la tarde cuando el padre regresó del trabajo y observó sus zapatos fuera de lugar se armó una batahola. Ella solamente había sacado un par de zapatos lustrosos —y con poco uso— y depositado en su interior todo lo que la unía a Eze. El padre quería su caja de vuelta. La madre se enfureció por su falta de sensibilidad para con la hija, la que tanto estaba sufriendo y quien, por fin, había hecho algo

positivo para separarse. Mientras le recriminaba su insensibilidad sospechaba que había gato encerrado con esa caja, era raro el repentino cariño de su marido por ese objeto. Ella no aguantaba el ocultamiento y lo olía cuando él insistía tanto en la devolución de esa maldita caja. Su marido no solía actuar de esa manera. Cuántas veces ella le había dicho que todo lo que tocaba lo convertía en usado. No podía ser distinto con esos zapatos salvo si... La madre gritó muy fuerte, no tanto para decirle que era un insensible sino para que notara que ella se había dado cuenta. Al padre, en la vereda contraria, no le importaban tanto los gritos como saber que jamás podría devolver esos zapatos comprados hacía un par de semanas y decirle al vendedor que le quedaban chicos.

Todo pasó el mes que cobró el medio aguinaldo: tenía decidido, desde hacía tiempo comprarse unos zapatos. Había revisado una a una todas las vidrieras del barrio y ya sabía lo que quería. Llegó a meditar por qué la gente dudaba tanto antes de comprarse ropa. Él estuvo seguro, quería esos zapatos negros con punta, con hebilla, con suela parecida a la de una zapatilla y le dijo al vendedor que se los trajera.

El vendedor le pregunta el número, el padre dice 41, 42. Ahí comenzaron los problemas, ése fue el comienzo de lo que después debería haber terminado en una queja de consumidor. El 42 le quedaba grande pero, al probarse los 41 le pareció que le quedaban chicos. Desesperado pues no había un número intermedio que solucionara fácilmente la cuestión, le preguntó al vendedor qué par le convenía llevar. El vendedor hizo varias cosas: le preguntó hasta donde le llegaban los dedos en el interior del za-

pato, le pidió que marcara el final del dedo gordo. El padre creyó que el vendedor sabía lo que hacía y se llevó el 41. Y quiso llevárselos puestos para llegar a su casa y que toda su familia notara que él ya no era el mismo, que el próximo año sería mejor, que por fin conseguiría...

El problema apareció a partir de la tercera cuadra, sintió levemente cómo su dedo gordo tocaba el final del zapato y comenzaba una imperceptible irritación. Decidió no seguir caminando; al subir al colectivo se relajó, pronto llegaría a su casa. Los zapatos impactaron muy positivamente en la familia, hasta su esposa le dijo:

—*No los uses todos los días, como solés hacer con todo.*

Le hizo caso. Dejó los zapatos en su caja, no solamente por ese comentario que llevaba implícita una recriminación sino porque tenía miedo de enfrentarse a la idea de que esos zapatos no fueran para él, no fueran su número y, lo peor, otra vez había confiado en un vendedor que lo había engañado. Pensó en su historia con los vendedores y cómo lo habían perjudicado en distintas oportunidades.

Cuando a las semanas se los volvió a poner, los usó tan poco tiempo que no llegó su dedo gordo a inflamarse pero era un hecho, los zapatos eran chicos. Quizás debía esperar un tiempo para que se ablandara el cuero. Cuando volvió a su casa quiso volver a poner los zapatos en la caja pero había desaparecido, preguntó por ella, su esposa le dijo que Mariana la estaba usando para cuestiones personales. Quiso quejarse pero su esposa lo calló. ¿Cómo no se daba cuenta de la importancia que había cobrado esa caja de zapatos? Con lo mal que estaba su hija. Además conocía el carácter que tenía, aunque quisiera no podría sacársela.

Mariana llamaba a Marcelo para contarle la pelea terrorífica que se había armado.

* * *

Dos meses antes de la partida de Valentina, Marcelo estaba preocupado. Se levantaba de noche, no podía dormir las horas necesarias para despertarse descansado. Valentina salía sin decir a dónde iba, se vestía y atravesaba la puerta, pese a lo esperado, sin demasiado problema. Cuando volvía parecía otra pero un rato después retornaba esa cara inaguantable. Era por él que ella se sentía mal. Tenía la culpa de que estuviera así.

¿En qué terminaría esto de que cada uno, además de dormir en diferentes colchones, se fuera sin decir a dónde? pensaba Marcelo.

Él estaba acostumbrado desde chico a decir a dónde iba, para que el otro no se preocupara, para que no pensara en la posibilidad de una tragedia. Su padre le había exigido ser informado, le explicaba:

*—Solamente es para saber dónde estás. No es para vigilarte. Es una costumbre desde la época de los milicos —*justificando así su inflexible exigencia de saber el paradero.

Valentina salía sin decir cuál era su paradero.

Una noche invernal, Marcelo se levantó del colchón de una plaza donde dormía al lado del colchón matrimonial. Sus pies descalzos tocaron el suelo frío. ¡Era todo tan difícil! Sentía que para llegar a ella había que vencer a un enemigo

más poderoso y convencido de su causa. Había que derramar sangre para alcanzar un resultado que no sería inobjetable. Aun si venciera, la victoria estaría llena de muertos. Estaba desalentado. En las peleas había vencedores y vencidos pero esa noche aunque venciera esa terrible resistencia haría destrozos. Era una batalla que no podía ser ganada.

Ella estaba despierta:

—*Este fin de semana será otro que no saldremos* —dijo.

—*Vos saldrás. Has llegado lejos. Ya no te interesa esto.*

—*Si que me interesa pero cuando quería estar con vos, estas en otras cosas.*

—*Siempre estuve con vos...* —dijo Marcelo y se detuvo.

Hubiera querido decirle que ya no sabía qué hacer, que cada vez que hacía algo pensaba si a ella le gustaría pero esperó a que ella hablara. Valentina se mantenía callada tras la oscuridad. ¿Por qué no hablaba?

Marcelo callado no podía dejar de pensar: *Está manejando los tiempos, cómo quiere manejar todo. Siempre me dice que no estoy con ella. ¿Y ella? ¿Cómo se ocupó ella? ¿Cómo se está ocupando ahora?*

Fue incontable el tiempo que siguieron callados en la oscuridad. Él tocando el suelo frío con sus pies descalzos, cuando se levantó de la cama las medias quedaron entre las sábanas. Era un mal presagio.

Marcelo no paraba de hilar pensamientos.

No entiendo las cosas que me cuestionás. Me decís que soy muy ansioso, ¿cómo si esto pudiera cambiarse de un día para otro! Y ya, la señorita se cansó de poner ejemplos. Que no lavo los platos. En las cosas de la casa mi intención es hacer cosas, pero pensás que lo hago por obligación. Me pedís que haga más. No me interesa. Sé que si no lavo los platos ellos mueren en la pileta hasta

que tus manos los toman y los vuelven a dejar limpios para la cena. Sé que si no lavo te condeno a esa tarea pero no puedo. Y no es que no pueda poner un poco de detergente en la esponja y dejar caer agua en los platos pero después vas a decir algo. Que seguramente no termino de lavarlos todos, que dejo en el fondo los cubiertos inundados en un líquido grasiento y que me voy con la satisfacción de haber cumplido la tarea pero después vos tenés que terminarla y así con todo.

Marcelo seguía en silencio: *Ahora no habla porque sabe que estoy mal.*

No se movería hasta que ella dijera algo. Valentina tirada en la cama, estaba cómoda con el silencio y la oscuridad. No quería pelear y ya había notado en su tono las ganas de iniciar una discusión.

Qué rápido pasas del hecho puntual a la universalidad. Pronto me decís que en todo soy igual. Que el fondo de grasa de la tarea inconclusa lo dejo en todo. Tengo bronca. ¿Por qué tengo que ser incluido en la categoría de personas que no llegan hasta el final? Después siempre el fondo es que no funcionamos en lo sexual. Ahí me das el ejemplo simbólico —como decís vos— de las plantas, de cómo las riego. Explicás que hasta que no veo sus hojas marchitándose, sólo ahí voy presto, como un salvador, en busca del líquido vital y arrojándolo a la tierra, las riego con suficiente agua para olvidar-me nuevamente hasta dentro de un par de días.

—*Hace mucho que no tenemos sexo* —dijo Valentina quebrando el silencio.

Fue lo peor que podía decir, Marcelo con la voz quebrada, refunfuñó:

—No me dejás hacerte el amor.

—Es que no se da.

—¿Es que no lo hago como vos querés?

—Si no se trata de eso. Es difícil tener ganas como estamos.

—Entonces olvidate de esto y seguíte yendo como te vas.

Otra vez un silencio largo. Marcelo no resistía escuchar su voz, era lo que menos le gustaba de ella. Cuando hablaban, escuchaba su voz sobreactuada, con un falsete agudo. Pero tampoco resistía el silencio, que ella dejara pasar el tiempo lo ponía nervioso. Dudaba si volver a buscar entre las sábanas las medias que le faltaban. Estaba detenido ahí, sin moverse. Hubiera querido decirle: *Ahora sabes qué hacer pero antes cuando no salíamos los fines de semana por tus ataques de pánico, bien que nos quedábamos los dos adentro, los dos nos jodiámos y ahora te vas sin decir a dónde.*

Mañana algo haría. Le gritaría diciéndole que quién debía irse, pero para siempre era ella; que quién debía dormir en el colchón matrimonial era él; que no volvería a hacerle caso como tantas veces había hecho para intentar estar mejor. *Ya esto no tiene solución.* Mañana volvería a traer la caja de fotos y cartas que se había llevado a casa de su madre.

Marcelo parado frente a la cama tenía bronca. No podía aceptar que ella se fuera los fines de semana a un lugar sin decirle a dónde iba. Y se lo iba a decir, mañana se lo iba a decir. Fue a buscar las medias que le faltaban y se metió nuevamente en la cama. El tiempo que tardó en dormirse se hizo eterno.

* * *

Mariana llamó a Marcelo y éste, recostado en la cama escuchándola contar acerca de la caja de zapatos del padre se preguntó si ese llamado telefónico podía considerarse una prestación analogable a una visita a su consultorio. Era importante decidir acerca de eso. Si la respuesta fuera afirmativa debería hacerle firmar un *voucher* la próxima vez que se vieran. Si fuera negativa, estaba trabajando a esa hora de manera *ad honorem*. Siempre le causaba gracia la lectura etimológica de la palabra *ad honorem*, dicese: “por el honor”. Si fuera negativa, si no debía hacérselo firmar, estaba escuchando a Mariana por el honor.

La gracia duró poco, Marcelo recordó que el viernes debía presentar los *vouchers* en *Sesomen*, la empresa de tercerización de servicios en salud mental donde trabajaba. Estos requerían un arduo trabajo de confección, todavía no los tenía terminado, ni siquiera los había empezado. Solamente estaban firmados por los pacientes y había pedido las autorizaciones correspondientes. Era jueves a la madrugada y tenía un día lleno de actividades. A *Sesomen* iría el viernes a las 10 de la mañana a una reunión, debía aprovechar ese día como última oportunidad para entregar los *vouchers* del mes. Tenía poco tiempo y, sobre todo, tenía pocas ganas de hacerlos.

Un sabor amargo subió desde el centro de su estómago hasta la boca, ¿qué había comido a la noche? Pollo. Sí, debía ser pollo ese sabor rancio y escamoso, ¿con qué? Ese gusto avinagrado... con ensalada.

Había que concentrarse en las palabras que repiqueaban del otro lado del teléfono, había que poder escuchar lo que decía Mariana. Le confiaba un secreto, había arrojado todas las cartas y fotos al fondo de la caja de za-

patos que había encontrado en el placard del padre. Éste era el final. Tirar allí esas cartas y fotos de Eze decretaba el final. Esta vez iba en serio. Le estaba contando que esa caja era la esperanza de que esta vez, al fin, fuera la definitiva. Lo quería tranquilizar, quería que no se preocupara; no iba a tomar pastillas con un poco de alcohol y acercarse a la ventana para tirarse más allá de la baranda.

—*Eso fue la última vez pero ésta es distinta.*

Marcelo imaginó cómo había descorrido la puerta-ventana y al día siguiente la madre le recriminaba lo que había intentado hacer. Hoy era distinto, tirar todas los recuerdos en esa caja tenía un significado definitivo. Mariana comenzaba un pequeño *racconto* que Marcelo conocía de memoria. Ella no quería tener novio, él la convenció a fuerza de rogarle, un año y medio, después él se quería separar diciendo que no la soportaba más y ella no soportaba la idea de no verlo más, de ya no tenerlo cerca dispuesto a besarla y escucharla. Mariana hablaba tranquila sin percibir la hora ni que Marcelo, acomodado en la cama estaba un poco somnoliento. Marcelo le haría firmar el *voucher*, lo había decidido al escuchar por enésima vez la historia de cómo ella era la que se había terminado engancho.

Pero ¿aceptaría la prepaga el llamado telefónico como consulta? El viernes los presentaría, como todos los meses antes del 20 de cada mes y le pagarían con un cheque a cobrar dos meses después. Nunca sabía bien cuánto terminaría cobrando pues no era fácil la confección de esos papelitos, estaban hechos a propósito para que muchos terminaran sin ser pagados.

Marcelo temía ganar cada vez menos, depender cada

vez más de ese cheque que aparecía con cualquier valor. Ganar cada vez menos. Depositar el cheque y pagar el impuesto al cheque. Ganar cada vez menos, sacar el dinero de la cuenta y notar cómo todo había aumentado. Ganar menos.

Marcelo escuchándola a Mariana se levantó de la cama sobresaltado. Decidió ir a observar la pila de *vouchers* aún sin realizar. Otra vez un pie descalzo toca el piso frío. Era mal augurio: se engriparía, siempre le pasaba cuando se exponía al frío. No soportaba ni lo frío ni lo salado, deseaba lo dulce y lo abrigado.

La confección de *vouchers* era lo frío y salado. Era como un alimento de supermercado, debía mantener la cadena de frío. La fecha de autorización de la prestación obligatoriamente debía ser anterior a la fecha efectiva de prestación y tenía fecha de vencimiento. Había que pedir por anticipado las autorizaciones imaginando cuántas veces vendría el paciente ese mes y después hacer coincidir el número de prestación con la fecha en que el paciente estuvo en el consultorio. Esto era la cadena de frío, había que estar atento pues sino sería rebotado.

Lo salado era pedir la firma cada vez que el paciente recibía una prestación. Si el paciente faltaba, ¿debía firmar por la sesión que faltó? Había que explicar cuando sí, cuando no, pero ante todo –como le habían explicado muy claramente en *Sesomen*– evitar que la queja llegue a la prepaga. Era un tema controvertido, muchas veces con el paciente terminaban hablando de doctrina jurídica, de lo justo e injusto.

Lo salado era entonces que había *vouchers* con fecha de autorización a punto de vencer que el paciente aún no

había utilizado. ¿Cuántas veces Marcelo se había imaginado falsificando la firma de un paciente que había faltado tal y tal día? Era salado querer cometer esas pequeñas infracciones. Nunca había imitado en la escuela primaria la firma ni de su padre ni de su madre, ¡cuántos compañeros de escuela lo habían hecho en el boletín para evitar que sus padres viesen las notas! Él nunca había falsificado la firma de sus padres pero con los *vouchers* e intentando no ganar cada vez menos...

Cuando Marcelo salió de la cama no tenía otra alternativa que ir a realizarlos. No importaba la hora, mañana tendría tiempo para comprender la llegada de ese frío que sintió desde el pie hasta la garganta pasando por su pecho, sus oídos, sus fosas nasales: la serie de indubitables anuncios de gripe. Muchos pacientes habían faltado ese mes por causa de la gripe y Marcelo quería firmar más de un *voucher* de pacientes ausentes para presentarlos el viernes.

* * *

Valentina decía que Marcelo tenía siempre la cabeza en otra cosa.

—*Solamente te pido que estés conmigo, ¿podés no estar con tres cosas al mismo tiempo?*

—*No estoy con tres cosas al mismo tiempo* —respondía Marcelo malhumorado.

Solamente le pedía que estuviera un ratito con ella y solamente ella. Parecía tan poco lo que pedía que Marcelo

sentía que debía poder. Lo intentaba pero esos intentos, por lo general, terminaban mal. Marcelo se ponía nervioso y terminaba yéndose para la cocina, Valentina se angustiaba y terminaba yéndose para la habitación. Ella siempre terminaba angustiándose, ¡no podía seguir más así! Toda su historia con Marcelo era una continuo angustiarse. Debía buscar la manera de angustiarse menos.

Una tarde decide ver lo que le asustaba de frente, va en busca de una caja que tenía Marcelo escondida alto y al fondo del ropero. La había descubierto hacía poco y sabía, por haberla pizpeado que contenía fotos, cartas y papeles.

A la noche, cuando Marcelo volvía de una reunión se encontró a Valentina con una cara terrible; pregunta qué pasa, ella le cuenta que había mirado dentro de su caja de recuerdos.

—*No tenés derecho* —dijo Marcelo.

Valentina admitía su falta de derecho pero estaba muy mal, le pedía que se llevara esa caja fuera del departamento. Que la llevara a casa de su madre pero que se la llevara.

—*¿Qué es lo que viste?* —preguntó Marcelo más asustado que irritado.

—*Todo. La vi a ella, a Silvina, y cómo la mirabas. Pero también miré el cuaderno y otros papeles sueltos.*

—*¿Por qué te tuviste que meter ahí? Eso es mío, es privado.*

Ella aceptaba que tenía razón yéndose para la habitación muy decaída, murmurando lo difícil que le sería recuperarse y que, para colmo, era viernes. Seguramente ese fin de semana no saldrían. Se había equivocado en meterse con esos recuerdos, creyó que viendo de frente esas

fotos encontraría una salida a la frecuente y cada vez más intensa angustia que sentía.

En la caja la había visto a Silvina. En una foto Marcelo la abrazaba con cara de felicidad, queriéndola retener por toda la eternidad. En otra foto que apareció por sorpresa, Silvina parecía mirarla a ella, le mostraba la cara que Marcelo amaba y de la cual seguía enamorado. Era increíble, los ojos de Silvina la observaban, curiosos querían saber: ¿qué haría cuando se enterara de que aunque ellos decidieran seguir juntos hasta el final de los días, el amor único e irrepitable era ella?

Esas fotos eran imposibles de olvidar. No alcanzaba con sepultarlas tirándolas nuevamente en esa caja llena de fotos, papeles y postales revueltas. Ni la confusión, ni la desidia, ni el azar podrían hacerle olvidar esa mirada. Valentina siguió buscando y encontró un pequeño pedazo de papel, no estaba dirigido a nadie, le llamó la atención y comenzó a leerlo.

Ese sábado se nos ocurrió así.

Todo apresurado, en lo más incómodo del coche, mirando para afuera tratando de adivinar si ese basure-ro seguiría su carrera laboral levantando bolsas deshechas por la calle o se detendría a mirar como te abalanzabas sobre mi pito, mordiéndolo y haciéndome sudar por la impresión de que pronto me sería cortado de un solo mordiscón. Ese día movías tu lengua y todos tus dientes de tal manera que por momentos creía que me ibas a dejar sin nada.

Y así fue esa explosión, queriendo esconder la cara para que no me vieras. Pero no imaginé lo que pasa-

ría. Tenía todo para salirme con la mía, sentado en el automóvil, vos con la cabeza hacia abajo, el auto escondido en la oscuridad de una calle abandonada, todo bien planificado para que nadie me viera. Pero, desde la posición en que estabas, giraste la cabeza y observaste mi cara. Más que el líquido pegajoso, dulzón, oloroso, blanquecino que tenías en tu boca, ver que me mirabas en el momento de la explosión me conmocionó.

Valentina se asustó leyendo ese papel. Ella había estado con Marcelo en aquel coche. Esa noche se habían divertido mucho pensando qué hubiera pasado si el basurero se hubiera detenido a mirarlos. ¡No podía estar en esa caja de recuerdos! Su futuro estaba sellado en esa caja, encontrarse ahí presagiaba el futuro. Ella terminaría allí. Peor todavía ¡ya estaba ahí! Cuando sacaran al azar un recuerdo, podría aparecer también su foto desempolvada por azar pero podían aparecer esas otras fotos que había visto. Su foto jamás tendría la mirada que observó en Silvina.

Cuando le pidió que llevara esa caja lejos, Marcelo la desafió:

—*No voy a hacer lo que vos querés.*

—*Hacé lo que quieras*—dijo Valentina de mal modo. Fue para la habitación y cerró la puerta con violencia. Marcelo desenfrenado por lo injusto del pedido fue a la habitación a decirle mil veces que no. Si decía que sí le iba a pasar lo que su padre le había profetizado muchas veces: una mujer le cortaría los huevos. Hacer lo que Valentina quería era dejar de ser hombre. No lo iba a hacer.

—*Decime lo que quieras, descárgate, pero llevate esa caja lejos.*
¡Jamás lo haría! Valentina insistía, si no se llevaba esa caja lejos, ellos no estarían bien.

—*¿Qué te importa lo que hay ahí? Son recuerdos.*

Valentina hizo lo que tanto lo enervaba, le dijo que la dejara sola.

—*Sos una guacha. ¿Yo tengo la culpa de lo que te pasa?*

Otra vez una disputa. Ahora tardarían varios días en hablarse nuevamente y seguro ese fin de semana tampoco saldrían.

* * *

Marcelo se levantó de la cama y fue hacia el escritorio del consultorio donde tenía apilados los *vouchers*. Llevaba consigo el teléfono inalámbrico y el recuerdo del mudo eructo por cuyo olor maldijo lo comido anoche. No estaba seguro cómo había empezado todo. ¿El aroma gástrico lo había llevado a pisar el suelo sin una media desencadenando una gripe, o éste era un indicador más del cuadro gripal?

Todo era confuso. Los llamados de Valentina, las desgracias personales y las urgencias profesionales llegaban al mismo número. ¿Cuántas veces había pensado en poner dos líneas, separar los llamados personales de los llamados laborales? Sólo lo detuvo el alto costo de los servicios telefónicos. Una vez lo pensó seriamente, fue una tarde de sábado cuando estaba en lo mejor con Valentina; sonó el teléfono y él tuvo la mala idea de atender. Un acto reflejo lo llevó a levantar el teléfono y decir “hola”, dando comienzo

a la conversación. Al instante ya sabía que se había equivocado y que quién lo llamaba no se había equivocado. Recibir un llamado delante de Valentina, más en ese momento, fue inoportuno. Ella, sin hablar, le decía: *Siempre lo mismo, una vez que estamos bien*. Era otra cagada que se mandaba, ella se las podría describir todas, siempre después de hacer el amor se mandaba una de las suyas: o hablaba de más, o comenzaba a nombrar todo con diminutivos, o contestaba el teléfono como aquella tarde de sábado.

Marcelo no estuvo bien en contestar el teléfono pero ahora no tenía otra solución que hablar. Intentó salir de la habitación. Pero lo que aconteció fue aun peor, el ruido que hicieron los goznes de la puerta fue terrible. ¡Cuántas veces le había pedido Valentina que engrasara esa maldita puerta! Ella escuchaba detenidamente la conversación, quería saber quién era. Pasaban cosas raras en el consultorio. Con algunos pacientes los ruidos se escuchaban en todo el departamento y, sobre todo, con dos pacientes mujeres. Ella ya las había identificado. Por casualidad, con una de ella se había cruzado en la pequeña sala de espera que también era la salida del departamento. Mientras la saludaba con la mayor naturalidad, observó cómo estaba vestida. No era manera de venir a un consultorio, y muchos menos de comportarse; Valentina decidió no irse, durante media hora escuchó unas risas tan impropias de un consultorio...

Era Mariana la que llamaba ese sábado en un momento tan inoportuno. También era quién se reía de aquella manera. Valentina la conocía, ¿cómo no reconocerla con esa manera de reírse y de vestirse?

Otro día escuchó que jugaban a los dados en el consultorio. Sonidos extrañísimos salían de allí. Valentina, después de escuchar el sonido del cubilete y los dados chocando contra el escritorio, escuchó cómo Mariana gritaba con un aullido fuertísimo: ¡Generala! Era el colmo. No podía estar en su propio departamento, agarró las llaves y salió. Al llegar a la esquina llamó por teléfono. Marcelo levantó el auricular esperando escuchar a un paciente y escuchó a Valentina del otro lado:

—*No me parece que sea correcto lo que estás haciendo.*

—*¿Qué? Estoy trabajando... Bueno... Te llamo... Después hablamos...*

Esa noche Valentina soñó con Mariana: ella estaba escuchando detrás de la puerta del consultorio. Mariana le explicaba a Marcelo cómo le gustaría que le hicieran el amor. Contaba cómo le gustaría que le fueran metiendo mano, cómo deberían ir sorteando los obstáculos y cuando estuvieran en su vagina, escarbar hasta el mismo fondo, no detenerse hasta que pidiera clemencia y gritara basta. Marcelo le hablaba muy quedamente, casi inaudible:

—*Una mujer puede poner a un hombre en el lugar más importante y sentirlo ahí.*

El sueño seguía con Mariana llorando. No había podido lograr que él se enamorara pérdidamente de ella.

—*Maldito*—repetía— *Me llamás loca para no enamorarte de mí.* Lloraba desconsoladamente, las lágrimas ablandaban las paredes del consultorio, éstas se desdibujaban y entonces Valentina estaba en la misma habitación que Marcelo y Mariana. Trataba de esconderse, no podía hablar. Mariana la descubría, se acercaba más y más, estaban casi

cara a cara, Valentina intentaba no mirarla. No se olvidaba que estaba en un consultorio. Marcelo la miraba con la peor cara que podía mirarla, la desaprobación absoluta. Valentina con una voz llena de angustia y miedo a volverse loca, aún más bajo que el silencio mismo dijo:

— *Después de todo, ¿me amás?*

— *No podés meterte con mi trabajo. Este consultorio tiene paredes y vos las has derrumbado.*

— *Ella con su voz traspasa las paredes, no hay ladrillos que puedan detenerla.*

A Valentina no le hizo bien ese sueño.

Al día siguiente del sueño, Marcelo tuvo la mala idea de contestar el teléfono. Era Mariana quién lo llamaba. Ese día, justo ese día, después de tener sexo, lo llamaban y él respondía.

¿Por qué respondió? Ese día no sentía curiosidad por saber quién llamaba. Pensó que era una pareja de amigos y que les propondrían una salida a la noche. Eso hubiera sido bárbaro, a la noche saldrían. Había estado todo bien, primero haciendo el amor, después planes divertidos.

Cuando se dio cuenta que era Mariana quien llamaba, percibió la equivocación y quiso salir de la habitación sin despertar sospechas. Valentina sospechó rápidamente, era obvio el cambio ocurrido en su voz y cómo intentaba hacer tiempo mientras su cuerpo escapaba hacia el otro cuarto. Pero lo peor vino después ¡siempre era posible algo peor!: el chillido ensordecedor del gozne de la puerta. ¿Hacía cuánto tiempo le había pedido que la engrasara?

El chillido de la puerta no se lo esperaba, fue molestísimo. ¡Cuántas veces le había pedido que le pusiera un

poco de grasa! Le había rogado que la engrasara. Esa puerta era ella. El mismo chillido que cuando la quería abrir, su cuerpo crujía con un silbido ensordecedor. Cómo le costaba volver a encontrar el deseo de dejarse tocar bien adentro, perder el control y sentir sus embestidas en una tarde soleada y plácida.

Una vez más, Marcelo abrió la puerta para salir de su habitación, escuchó el sonido agudo de los goznes todavía sin engrasar. Todavía no había engrasado la puerta, todavía estaba hablando con Mariana. Le dijo que el viernes a las 16:30 seguirían hablando en persona y que la saludaba. Chau. Mariana se perdió aun antes de responder el saludo, ya era el pasado. Delante de él estaba lo que tenía que hacer, la acción secuenciada, imperativa que tanto odiaba.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente se despertó más bien tarde, había terminado de confeccionar los *vouchers* pero al momento de levantarse ya era otro. Su nariz estaba tapada y no era todo, en su ánimo se notaban los signos de algo que todavía no podía definir. El resto de las horas que durmió lo había desmejorado. Era una persona poco interesante, notó la presencia de su sentido de vida enflaquecido y además, no podía disimular que era tosco y feo. Su pelo, en vez de crecer y caer por la ley de gravedad hacia abajo, crecía desordenadamente hacia arriba. Era una monstruosidad. Debía ir sin pérdida de tiempo a la peluquería. Si no cambiaba su aspecto, no se imaginaba cómo se pararía delante de treinta y tantos alumnos, entregaría los parciales y daría clase. Se empezó a vestir, creía que cortándose el pelo volvería a estar en condiciones de planificar una clase y corregir los parciales que le quedaban.

Se vistió rápidamente sin importarle cómo combinaba una prenda con otra, no quería dejar nada de su cuerpo al descubierto, de esa manera evitaría ese sentimiento de decaimiento. Se vestía sin dudar, agarrando lo más abrigado que encontraba; no le importaban los años de uso, el estado de la prenda, la combinación cromática gene-

ral. Hubiera deseado que estuviera Valentina para entregarse sin chistar a su gusto aprobatorio o reprobatorio y, sobre todo, para que le dijera qué ropa ponerse. Ella sabía dónde encontrarla, dónde estaba –encerrada, apelmazada, apretujada– la ropa que ahora necesitaba para salir de su departamento hacia la calle –y hacia su consultorio– vestido de una manera adecuada.

Cuando se conocieron a Valentina le había llamado la atención esa manera canchera y práctica que tenía de vestirse. Usaba dos camisas, abajo una de jean celeste gastado y arriba una camisa de corderoy negra más ancha. Se imaginó lo bien que se vestía.

Cuando se fue a vivir con él observó con curiosidad su guardarropa, un placard antiguo, inmenso por fuera pero pequeñito por dentro y cómo guardaba la ropa allí. Observó la manera displicente de armar su vestuario diario, no diferenciaba sus ropas nuevas de sus ropas viejas.

A poco de vivir con él, pensó: *Es un hecho, le pone poco interés a la vestimenta*, Valentina sintió algo diferente a la desilusión. No era la primera vez que le pasaba una cosa así. Había un problema con la distancia. Una cosa era lo que se veía de lejos; otra cosa muy distinta, aparecía estando cerca. No le importaba que la realidad no tuviera una cualidad unificante, le inquietaba notar que se deformaba de esa manera. Por momentos se le venía encima, por momentos se alejaba tanto que ella dejaba de ser la protagonista.

Cuando conoció a Marcelo, Valentina estaba pensando en eso. El mejor ejemplo era la luna. Ahí donde la veía parecía estar más cerca ¡nunca la había visto tan grande!

Esa extraña cercanía lunar la alejaba a distancias siderales de lo que tenía que estar pensando, de lo que tendría que resolver cuando volviera y por lo que había realizado ese viaje. Sólo había pasado un día desde que se había ido de su casa para pensar, un pequeño viaje de vacaciones, un solo día desde la partida y ya el pasado se había alejado de una manera no natural. No creía que semejante cambio fuera sólo causado por el cambio de residencia. Si la luna cambiaba de lugar, si la realidad no tenía estabilidad, nunca podría sacarse de encima ese extraño presentimiento que tenía desde chica de que algo no andaba bien.

Esa tarde, mientras ella miraba la luna, Marcelo se acercó con cara afable y buscó algo para decirle.

—*Se te nota con frío.*

—*Tengo frío y también estoy contenta* —respondió Valentina sin mirarlo.

—*No se te ve tan contenta.*

Valentina levantó una ceja, no esperaba esa respuesta, debía ser cierto que no se la veía muy contenta. Era cierto. Que la luna estuviera tan extrañamente cerca le daba miedo y no era para estar contenta.

Marcelo le ofreció su camisola negra y ella la aceptó. Se conocían, ya se habían visto en el primer encuentro del *tour* que los llevaría por Península de Valdez. Un par de hombres solteros la miraban de manera notoria, se acercarían en el mismo instante en que el autobús parara. Marcelo se acercó al anochecer mientras ella caminaba por la explanada de la playa. Valentina no sabía si hubiera preferido que se acercara ese hombre o el otro, ella había prometido no estar con ningún hombre en ese viaje. ¡No iba

para eso! Viajaba para pensar. Ahora era el momento indicado para pensar pero mirando la luna temía que algo no estuviera bien, un cercano presentimiento.

Marcelo la venía observando desde hacía más de cien metros, su manera de mover la cola tan bien dibujada y llamativa, su forma de caminar con la trompa para afuera como mojándose los labios con el aire de mar y sus piernas ligeramente retrasadas. Se notaba que tenía frío. Era una mujer que hacía juego con la luna y él debía ser el hombre, se acercó con la seguridad de encajar en la escena, un personaje esperado.

Ella no lo rechazó, necesitaba decirle a alguien lo que pasaba con la luna. ¿Era sólo ella quién la veía de esa manera?

—*No creo que ése sea el lugar de la luna. La veo demasiado cerca.*

Marcelo no sabía qué decir. Era verdad que había algo raro en la luna pero más raro le parecía estar caminando por ese lugar con esa mujer.

—*Las cosas cambian. La luna es la que más cambia, luna nueva, luna menguante...* (Marcelo no sabía cómo se llamaban los otros tipos de lunas) *Ahora está tan llena que parece hinchada. Es cierto... Mirá... Yo la veo más blanca.*

—*Esos cambios no son naturales, como la veo ahora no es igual a como la veo desde mi casa. Nunca la ví así, no me parece natural el lugar en el que está. ¿Puede la realidad deformarse? ¿O seré yo que la estoy viendo distinta?*

—*Para el caso es lo mismo que se deforme la realidad o que te deformes vos.*

A Valentina le llamó la atención la forma en que él hablaba y lo miró.

—*Pero espero que se deforme la realidad y no vos. Espero que tu cara tan linda no se deforme.*

Valentina esbozó apenas una sonrisa, no era eso lo que estaba esperando aunque lo miró nuevamente, y ya iban dos.

—*Si se mueve la luna de esta manera, mañana te puedo parecer fea.*

—*Mañana te digo.*

Marcelo sintió que se elevaba, el *tour* duraba una semana y esto era recién el comienzo. Tendrían mucho tiempo para hablar de la estabilidad de su belleza.

—*Parecés muy seguro.*

Marcelo no contestó. Ya la había piropeado y le había dejado entrever que mañana quería verla, que tenían futuro juntos. Había que hacer una pausa. Estuvieron de acuerdo en eso. Valentina no llevándole el apunte por varios minutos; Marcelo imaginando cómo sacarle la camisola y luego los pantalones, y luego ¿cómo será desnuda? Recién la conocía. Había mucho por recorrer, una distancia enorme lo separaba aún de su ombligo que tanto había mirado antes de subir al bus. Todavía recordaba esa remerita roja cortita que llevaba puesta. Todo era distancia a quebrantar. Lo obsesionaba, ¿cómo acercarse y llevarla a la cama sin que sonara abrupto, sin tirarle de la manga con la fuerza de un animal en celo? Temía que se notara que estaba con ganas, ahora mismo y sin pronunciar una palabra más. Debía frenarse y conducirla hacia ese objetivo sin apurar el paso. No quería que pensara que era un loco sexual.

De adolescente había soñado con narcotizar a mujeres que le gustaran para que, sonámbulas y sin poder de

veto, se entregaran a su meter mano, sacándoles la ropa a mordiscones.

—¿No la ves distinta?

—*Parece estar más cerca. Fíjate el blanco tan intenso y también esas manchas agujereadas grises, es como si tuviera acné.*

Valentina miró la cara de Marcelo, detrás de una barba rala se notaban las marcas que habían dejado un acné adolescente. Sentía miedo por la distancia, nunca había ido tan lejos de donde vivía, nunca había visto la luna tan cerca ni su historia tan lejos. Se puso a hablar de su pasado. Justo lo que quería, Marcelo escuchaba serio pero por momentos hacía chocar su cuerpo accidentalmente contra el de ella, como por casualidad.

Marcelo escuchó la sufrida historia de Valentina: la muerte del padre por un cáncer fulminante en el momento en que se llevaban mal, la madre que la acusaba de haber sido malvada y después de eso la enfermedad neurológica de ésta.

Un rato después pasó su mano por sobre su hombro y la posó allí. La estaba abrazando, sutilmente la guiaba por la explanada mientras ella hablaba; quería que sintiera su protección. Lo que le contó era el pasado, ahora él estaba ahí y después de más de una hora y media, la quería besar. Valentina y Marcelo se besaron de vacaciones, en una noche con una luna como pocas. Ella llevaba puesta la camisola negra de un integrante del *tour* que tan bien vestido le había parecido unas horas antes. Sabía cómo y dónde terminarían pero no esa noche. Todo era tan rápido, el pasado lo sentía lejano, la luna demasiado cerca. Valentina quería hablar, él quería que hablara para acercarse sin que lo notase.

—¿*Todo se acerca y se aleja así? Lo siento tan drástico.*

—*En los viajes todo es drástico, de un día a otro tenés que: “Ahora a disfrutar”. Ayer estabas haciendo lo que hacés todos los días, hoy solamente tenés que disfrutar. Las vacaciones son drásticas. También conocer a alguien es drástico, hace una hora no nos conocíamos y ahora ya no nos podemos separar* —dijo Marcelo y le emocionó lo que decía.

Evidentemente esa chica le había gustado más de la cuenta. Se embriagaba con la hora y media de conocerla y con lo rápido que habían terminando besándose. Estaba contento; la había besado sin dudar de cuál sería el momento justo. Nunca estaba seguro si debía anticiparle a una mujer que iba a besarla o si debía abalanzarse y tirarle un beso pegándole en la boca mientras los brazos potentes cerraran el paso de huida.

—*La luna está más cerca porque quiere estar acá con nosotros.*

—*¿Crees que la luna es tan romántica? Yo no lo veo así, además ya estaba cerca antes de conocerte. Lo que me hizo bien de estar con vos es que no me parece ahora tan importante dónde se encuentra.*

Se volvieron a besar. Era la primera vez que sentía que ella activamente iba hacia su boca. Un rato después tenían decidido seguir juntos el resto del viaje. Se habían conocido en un momento muy especial, seguirían adelante, tenían a favor haber comenzado de esa manera. Volvían a besarse. Marcelo metía su lengua en lo más hondo de su boca. A Valentina, por esa lengua, ahora le importaba menos la luna y su pasado. Era su primer viaje sola, la primera vez que se había animado a cruzar los límites y encontraba del otro lado algo lindo, un hombre que le ofrecía sinceras palabras y ganas de estar con ella.

Valentina había tenido bastante por ese día, quería irse a dormir, le prometió que esto no quedaría en la nada. *Ya te sorprenderé*, pensó. Ese primer día no era su mejor día, mañana o pasado ya vería. Se despidió abriendo la boca de una manera dulce para que entrara esa lengua que se movía con inquietud húmeda. Valentina imaginaba así la despedida pero Marcelo quería estar con ella esa misma noche. La besaba de una manera pegajosa que le dificultaba la respiración. Marcelo aflojó y la miró un instante de cerca. No había visto su sonrisa, ¡qué bellos eran la boca, sus dientes grandes y blancos, la comisuras de sus labios! Verla así movió su órgano genital en forma ascendente.

—*Me gustaría estar en un lugar donde el viento no sea frío.*

—*Acá no tenemos lugar. Éste es nuestro lugar, hoy. Recién nos conocemos.*

—*¡Cómo me gustaría haberte conocido recién!* —Marcelo aludía a su pantalón que soportaba el aumento del peso y la sustancia peneana. Era un milagro cuando sin ningún esfuerzo se elevaba. Eso era amor. ¿Podía pasar que el amor aconteciera así de rápido? Marcelo contestó que sí, se había enamorado y como iba en serio, comprendió que Valentina le había dicho que quería irse a descansar y la acompañó a su habitación, sin dejar de besarla en cuanta oportunidad se le presentó y sin quebrar la rutina de un paso tranquilo pero decidido hacia la habitación 216.

La noche siguiente, después de hacer el amor, a Marcelo se le soltó la lengua. Sintió vértigo por estar con esa mujer tan linda. Le habló de su niñez, de su adolescencia. La invitó a vivir con él, medio en chiste medio en se-

rio, le dijo que la amaba y no tuvo mejor idea que contarle de sus anteriores mujeres.

Valentina lo escuchó, se concentró en no perder palabra, quería encontrar tras esas historias un sentido oculto que le dijera si éste era el hombre con quién animarse a convivir. No lo había hecho antes a pesar de que nunca se le había ido de la cabeza que en casa de sus padres –ahora de su madre– vivía transitoriamente. Se quedaba mientras no saliera del callejón sin salida de no poder cruzar la calle. Ahora de viaje se había animado, por fin, y ese hombre encima le ofrecía un lugar adónde ir. Ella le respondió que no se lo dijera dos veces porque estaba tomando en serio el ofrecimiento, cuando volvieran llevaría un bolsito a su departamento.

Ni bien estuvieron solos Marcelo ya estaba listo para tirársele encima, ella lo detuvo, le pidió que esperase un poco, le pidió cinco minutos para hacerle algo que le gustaría. Fue sorprendente, inesperado, increíble. Lo único insoportable fue que Marcelo no sabía cómo quedarse quieto y menos que menos en ese momento, sus manos se movían con extraños movimientos y su boca lanzaba gemidos desacompañados. Él acusó a esa espera y esa explosión como culpables de que se le soltara la lengua y comenzara, un rato después, un logorreico discurso que terminaría anoticiándolo de que había hablado de más.

Su lengua, imparable dentro de su boca, parecía querer ocupar más lugar, las palabras salían sin obstáculos; quería contar su historia que si bien no era tan desgraciada como la de ella, tenía sus condimentos. No quería quedarse callado como tantas veces frente a los enormes problemas que otros contaban.

Marcelo relató con detalles cuando a los 18 años acudió a una psicóloga por el tema de los granos y de su dificultad para hablar de su historia y ésta lo invitó a participar de un laboratorio terapéutico. Se trataba de un grupo de diez personas que hablaban de sus problemas durante todo un fin de semana. Un hombre recién llegado de la guerra de Malvinas contaba cómo se había animado a salir a campo traviesa donde mandaban las balas enemigas y cómo había visto morir a sus amigos. Otra persona, una mujer impulsada por la psicóloga, le hablaba a un almohadón como si fuera su hija muerta dos meses atrás. Cuando le tocó a él no pudo decir nada, sentía vergüenza de eso tan minúsculo que le pasaba en la cara en comparación con las grandes problemas de los demás.

¡Con Valentina habló de más! Le contó de su niñez, de los milicos asesinos, de los desaparecidos, sobrevivientes e indiferentes y que aún hoy no se animaba a pensar lo que podría haberle pasado. También habló de su adolescencia, de los granos que no dejaban de salirle en la cara. Salía uno y crecía hasta el infierno lleno de pus, luego explotaba dejando un agujero latiente y doloroso en el medio de la cara. Y luego otro, en un lugar imprevisto nacía con fuerza demoníaca.

Le habló de Silvina, de cómo se había enamorado perdidamente y sólo después de diez años la había dejado de amar. Comenzó a filosofar un largo rato acerca del amor, dijo que estar enamorado sólo podía probarse en el momento de la separación y que amar sólo amaba uno, que no había amor compartido.

Quería decirle que él había amado y que eso lo conver-

tía en una persona especial: quien amó tiene el don del amor. Después, aprovechando el tema, le dijo como al pasar que se estaba enamorando de ella.

Valentina escuchó toda la historia, de niño, de adolescente, de su amor desgraciado y no correspondido por Silvina y después eso de que se estaba enamorando de ella.

—*No creo que estés enamorándote de mí, recién nos conocemos simplemente estamos acá y la estamos pasando bien.*

Marcelo estaba decidido. Ofrecería lo que nunca había osado ofrecer. Se la había levantado sin dudar y quería estar con ella.

—*¿En cuanto tiempo te resultaría normal que te lo dijera? Si querés ese día también te lo digo.*

Los dos callaban pero la conversación no había llegado a su fin. Estaban con ganas de discutir del tema. Discutir era una manera de conocerse, saber rápidamente qué se podía esperar de quien quizás pronto...

—*No esperaba ese “no te creo”.*

—*Hay cosas que se ven a la legua.*

—*¿Y cómo sabes? ¿Podés saber lo que yo siento?*

Valentina confiaba en sus presentimientos, creía en el amor a primera vista pero no sentía que Marcelo fuera auténtico.

—*Si fuera así no me habrías hablado de otras mujeres.*

Marcelo sintió bronca. ¿Por qué no podría dársele esta relación sin dificultades? Ahora Valentina era quien se ponía contenta, observaba que ese hombre era fácilmente enganchable. Era la señal del destino que necesitaba para pegar un salto en su vida.

Valentina le preguntó si estaba de novio. Marcelo le

aseguró que estaba solo, que había una pequeña historia por terminar: *No es una cosa importante.*

—¿Y vos?

Valentina pensó en su ex novio. Cuando llegara del viaje debería cortar definitivamente.

—*Estoy cortando una relación.*

—¿Y te falta mucho?

—*No.*

Valentina miró el mar, era tan inconmensurable como lo que pasaría ni bien volviera a la ciudad y se encontrara con su futuro ex novio y le contara que había conocido a un hombre en el viaje de vacaciones y que ahora debían separarse. No imaginaba posible cortar una historia de amor como ésa. Escuchando a Marcelo lo creyó posible; aparte de su cara afable, ese hombre gustaba de ella y quería ofrecerle una vida llena como la luna que habían conocido ayer.

Marcelo dijo haciendo retumbar la voz, acostumbrándose a cómo la nombraría en el futuro.

—*Valentina.*

—*Decime nuevamente así y me quedo con vos.*

Marcelo se sonrió. Ahora le tocaba tirarse encima a él, mostrar una excitación que sólo declinaría cuando se durmieran, rendidos por el “tantas veces”.

* * *

Marcelo estaba de mal humor mientras se vestía. Ese día tenía muchas cosas que hacer. No era un buen día para sentirse decaído ni para enfermarse. A la tarde tenía que

ir a la facultad a dar clase sobre un tema complejo: El nacimiento y decadencia de la Modernidad. Pero antes debía entregar los parciales. No le gustaba poner notas bajas, bochar a un alumno o quitarle la posibilidad de promocionar la materia pero mucho menos le gustaba poner notas altas. Algunos alumnos se quejaban de que la mayor parte de la comisión tuviera la misma nota —el setenta por ciento promediaba siete— pero Marcelo los hacía callar con una sonrisa y un —*Es cierto, ¡cómo regalo notas!* Tenía unas horas para preparar la clase y corregir un montón de exámenes.

Se vistió con lo primero abrigado que encontró para salir hacia la peluquería. Tres días atrás había notado un desbarajuste de su imagen, su pelo no se acomodaba al lugar que le tenía reservado en el espejo e intentaba aplastarlo poniéndose más crema enjuague y dejándolo mojado. Esa mañana cuando se levantó para lavarse los dientes constató su aspecto monstruoso. Era más que lógico que una mujer se fuera de su lado.

Marcelo salió de su departamento para llamar el ascensor. Cerró la puerta con dos vueltas de llave y se guardó el llavero en un bolsillo del pantalón. Cuando abrió las dos puertas del ascensor, con sorpresa, constató que no estaba vacío. La vecina del décimo “A”, Evangelina, le dejaba lugar para que se acomodara y bajaran juntos. Marcelo agradeció, se paró lo más cerca posible de la consola y tocó planta baja. No iba a ser un viaje normal; viajar con esa señora era vertiginoso, siempre contaba noticias que iban más allá de su rol de presidenta del consorcio desde hacía cinco años, no solamente relataba sucesos que pa-

saban dentro del edificio sino también en el barrio. No se contentaba con informarlos sino que opinaba acerca de lo que era esperable que todos realizaran en relación a lo acontecido.

Marcelo recordó cuando Evangelina le contó de la muerte súbita del otro psicólogo que atendía en el edificio. ¡Esos encuentros de ascensor podían traer cualquier noticia! A Valentina le aterraba encontrarse con esa mujer. Cuando llegaba el ascensor, hacía como si se hubiera olvidado algo dentro del departamento; sigilosa dejaba pasar el tiempo hasta que algún dedo dentro del ascensor, avisado de la larga espera, decidiera seguir camino hacia planta baja. No quería encontrarse con Evangelina, ella le había contado acerca del asesinato del comerciante de la vuelta de la esquina a manos de unos chiquilines que no llegaban a los catorce años. Esta noticia la impresionó muchísimo, no podía olvidar la cara del occiso; se llamaba Alejandro, Valentina lo conocía. Después de la noticia trágica de su muerte lo veía caminando por la calle en rostros que finalmente no eran el suyo. En sueños aparecía con frecuencia y le contaba con obsesión qué había pasado esa funesta tarde del 11 de marzo. Habían sido dos mocositos que entraron a afanarlo; cuando agarró a uno por la solapa para decirle que no estaba bien lo que estaba haciendo el otro le disparó a quemarropa. Y lo quemó como en el juego que tanto había jugado de niño. Tanta imprudencia había desconcertado a la policía que vino, no con mucha premura, a realizar las diligencias para elevar el expediente.

Caía y tantas veces caía, Valentina le contó a Marcelo como había sido esa muerte. *Alejandro estaba acostumbra-*

do a jugar con sus sobrinos y caer así. Tenía mucha experiencia en robos pero al ver las caritas de esos chicos quiso jugar; eran nenes jugando a robar. Alejandro se acordó de sus sobrinos, él les había enseñado a disparar con un revólver construido con dos dedos, un dedo hacía de caño de pistola, el otro de gatillador. Eran esas dos direcciones necesarias para construir un revólver y además se necesitaba un objetivo al que apuntar y disparar. Él era ese objetivo, ese hombre bonachón con una panza prominente se ofrecía para que le dispararan una y otra vez.

Caía y tantas veces caía... con la panza al piso, muerto por los disparos de los sobrinos que se morían de risa, describía Valentina.

Cuando entraron los chorros –sabía definitivamente que eran dos los que habían entrado– no tenía ningún deseo de resistirse. Que sacaran los pocos pesos que tenía en la caja recaudadora. Alejandro vió sus caras, cuando tuvo oportunidad de agarrar a uno en un descuido lo tomó del brazo y le sacó la pistola casi sin saber que hacía, quería decirle que estaba mal lo que estaba haciendo, que así no se agarraba la pistola, que él le había enseñado cómo hacerlo. Manoteó al más chico, al más rezagado cuando ya intentaba salir a la calle. El chico, atrapado *in fraganti*, gritó. El otro escuchó, se detuvo y dudó qué hacer, ya estaba libre, podía salir corriendo echándose a la fuga o respetar los códigos de la calle. Decidió volver sobre sus pasos. Y ahí, porque había vuelto atrás, disparó a ese hombre con panza que seguía manoteando al amigo.

—Y dispara. La bala no fue una bala perdida. Esa bala atravesó la carne de Alejandro.

El comerciante estrella su cabeza contra las baldosas.

—*Los dos pibes salen corriendo, el que disparó tira la pistola lejos* —así lo contaba Valentina, se había imaginado hasta cómo habían salido corriendo por las vías del ferrocarril hacia el oeste.

Cuando Evangelina le contó a Marcelo lo del psicólogo del cuarto “B” lo dejó petrificado. Fue una conmoción en todo el edificio. Luego se lo contó el portero, después uno y otro consorcista que casualmente se encontraba por los ascensores o caminando por el palier hacia la puerta del edificio. Todos querían contarle la noticia, saber si lo sabía, mirar la cara que ponía; suponían que esa muerte tenía un sabor especial para él. Evangelina creía que debía saberlo antes que todos porque entendería diferente esa muerte y también podría explicarle la conducta de la viuda que cuando una comisión del consorcio fue a darle el pésame, los trato de mal modo diciéndoles que todavía no era tiempo.

—*¿Cuándo es tiempo para dar un pésame a alguien?* —inquiría Evangelina a la altura del cuarto piso mirándolo a los ojos.

—*No es una muerte esperada, ese hombre tenía cuarenta y pico años, a su mujer quizás le resulte difícil la idea de ser viuda, aún.*

Marcelo no se animó a decirle que quizás no quería ser molestada en los primeros momentos de un sufrimiento desgarrador como es la muerte de quien hasta hace un ratito compartía proyectos y una rutina familiar. Lo que más lo sorprendió de su respuesta —que era de compromiso— fue la palabra “aún”.

Valentina y él aún seguían juntos, aún no se habían sepa-

rado. Tarde o temprano lo harían. Valentina le había dicho que temía que muriese joven. ¿Por qué daba la impresión de estar destinado a una muerte prematura? Eso que presentía había efectivamente ocurrido pero no en su departamento, el otro psicólogo se había ido antes de tiempo.

Unos meses después de que Valentina le contara una y mil veces cómo había sido la muerte de Alejandro, Marcelo se obsesionó con la muerte del otro psicólogo. Esa caída la imaginaba aconteciendo mientras se bañaba, el lugar menos adecuado para caer y no ver el final de la caída partido por un rayo fulminante a la altura del pecho. Marcelo se despertó varias noches con pesadillas extrañas. Era un despertar sobresaltado, con falta de aire, un espasmo en los pulmones, la desesperación de un latido irregular, el corazón estallando en un retumbar asincopado. Después de un instante de enorme miedo volvía a respirar normalmente. ¡Era una pesadilla encontrarse en el ascensor con Evangelina!

Cuando Marcelo decaído y apurado por alcanzar la calle abrió las puertas del ascensor y la vió supo de qué hablarían. Evangelina, rápida en reflejos, haciéndole un amplio lugar dentro del ascensor lo invitaba a acompañarla; ahora no solamente hablarían de la muerte del otro psicólogo y de la viuda sino también de Valentina. Ella quería hablar de lo acontecido en su departamento y del enorme aprecio que sentía por ella. No pedía ser informada por anticipado de las distintas mudanzas y alternativas de cada departamento –no era tan chusma– pero un encuentro inesperado era el momento indicado para ponerse al día.

—*Hace mucho que no la veo a Valentina.*

—*Ya no vive más conmigo.*

Marcelo hubiera querido estar en planta baja y no decir nada más pero Evangelina callaba esperando algo distinto a una explicación, quería saber por qué las cosas eran así, por qué la vida era así, por qué la viuda se comportaba de esa manera y por qué se había ido Valentina. Ella la extrañaba, tenía derecho a saber aunque lo único que hubiesen compartido fueran viajes en ascensor. Extrañaba esos encuentros, habían logrado una intimidad en esos viajes y anhelaba encontrársela nuevamente al otro día. ¡Cómo la escuchaba y repercutían en ella sus palabras! Era tan lindo sentir que hablaba y no le respondían con frases vacías y de ocasión. Valentina no era como otros consorcistas, no creía en la vida privada puertas adentro de cada departamento: que nadie se metiera con nadie, que lo de ella era solamente de ella. Creía en un mundo tan distinto a los límites de cada departamento y sus puertas de entrada y sus llaves de alta seguridad.

—*Valentina era de otro mundo*—decía Evangelina a la altura del segundo piso. —*Sabía que no vivía más en tu departamento, pero cuando paso por el octavo la imagino abriendo la puerta del ascensor.*

Marcelo le quiso decir que ella había elegido no vivir más ahí, que había preferido la incertidumbre antes que estar con él pero dijo:

—*Todavía hay que ver qué pasa.*

El ascensor tocó tierra. Marcelo abrió la puerta presuroso por salir pero cometió el error de hacerle el signo de caballerosidad, “pase usted primero”. La coqueta Evange-

lina, a pesar de sus cincuenta y tantos años se puso contenta y dijo en tono insinuante mientras salía:

—Estamos en época de reconciliación, hay que creer o reventar. Ayer le estaba preguntando al I Ching y me respondió que iba a haber reconciliación.

Marcelo no sabía qué pensar. ¿Sobre quién había preguntado? Sentía un extraño mal humor, ¡era su historia! No era que ella no pudiera preguntarle acerca de lo acontecido en su departamento, pero era a él a quién debía preguntarle.

Marcelo no se había acercado a la viuda del psicólogo a preguntarle cómo estaba y decirle alguna palabra que avisara de sus sentimientos. Durante meses espió a esa mujer alta, desgarbada, morocha con pecas, de una belleza no fácilmente traducible como belleza. No quería encontrarla frente a frente, tener que cruzar palabra sino quería verla de lejos, observar las acciones que llevaba adelante para avisar de la muerte de su marido a desprevenidos pacientes que venían a la consulta semanal.

La primera semana había colgado un cartelito en la puerta de entrada del edificio que el portero cuidaba que no lo llevara el viento ni algún chico travieso; se leía que esa semana el psicólogo no atendería. Eso ya presagiaba algo raro y cuando los pacientes volvían la segunda vez, imaginaban al psicólogo bajando por el palier hablándoles de lo inexorable de una gripe mal curada pero nunca esto. Una mujer que no conocían se presentaba como la esposa y les decía con tono monótono que la muerte era sin remedio.

—Pero si la otra semana estaba lo más bien —protestaban

algunos pacientes pensando en la mala suerte. ¡Hasta el psicólogo se les había muerto!

La viuda cortaba rápido pidiendo nombre y teléfono para llamarlos después para una derivación. La viuda era expeditiva, prefería las despedidas breves y desafectivas que el regodeo en la emoción y el llanto.

Evangelina no esperaba semejante cortedad de la viuda cuando fueron a darle el pésame. También la conversación con Marcelo le había resultado corta mientras éste caminaba presuroso hacia la puerta del edificio. Le hubiera querido contar la impresión desagradable que le causó ver a Valentina embalando sus pocas pertenencias en un flete, ayudada por dos hombres que iban y venían llevando en un par de cestos: libros, objetos de decoración, ropa, un espejo antiguo, elementos de cocina. Hubiera querido seguir hablando de eso.

Marcelo caminaba por el palier desahogado hacia la peluquería. La esperanza era el corte de pelo. Ya tocando las baldosas de la calle pensó que debería haber mudado su consultorio lejos del departamento. En eso se había equivocado. Valentina, después de escucharlo reír y jugar a los dados con Mariana, le había pedido que llevara su consultorio a otro lugar, quería que levantara campamento. Marcelo le explicó en mal tono que no cagaba dinero, enfatizándole que cada prestación le dejaba ocho pesos pagables a los tres meses, *con ese dinero es difícil alquilar un consultorio*.

El otro psicólogo también atendía en el departamento en que vivía. Su caso era peor porque atendía en infracción. La parte "B" del edificio, según el estatuto de consorcio, no era apto profesional. Un grupo grande de con-

sorcistas quería que el reglamento se cumpliera. El litigio ya estaba planteado, de un bando estaban Marcelo, el otro psicólogo, una odontóloga y una tarotista. También, a favor del cambio de estatuto estaba una señora septuagenaria del sexto “A” quien con militancia izquierdista se solidarizaba con la causa. La odontóloga del noveno “B” enfatizaba con mucha virulencia que no iba dejar de atender a pesar de que se resolviera cumplir con ese caduco reglamento. Este grupo era minoría; la mayoría, en un acto de provocación, aduciendo cuestiones de seguridad del edificio votó por mantener la puerta de calle cerrada 24 hs. y quienes trabajaban, “*todos lamentablemente*”, deberían bajar a abrir a quien viniera a tocar el timbre.

* * *

Marcelo camina por las calles mirando para abajo. Es un monstruo. Valentina temía tocar las baldosas de la calle y que le agarrara un espantoso ataque de pánico pero igual había hecho las valijas y, finalmente, atravesado la puerta de salida. ¡Había preferido la incertidumbre a seguir con él! Debió haberse sentido muy mal a su lado. Era un verdadero monstruo.

Caminar por la ciudad es caminar con cuidado, ¿dónde pisar y dónde no pisar? En cualquier lado, un excremento de perro, una baldosa floja hace saltar agua manchando los pantalones o una obra en construcción y tener que cambiar de acera para llegar a destino. Marcelo arrastra los pies, no tanto para llevar un mejor control de donde

pisar sino porque se siente pésimo. Camina con un ligero bamboleo, como si el peso de su cuerpo fuera desmedido, camina rápido queriendo llegar sin demoras. Sólo cortarse el pelo lo haría sentir mejor.

A las tres cuadras está la peluquería; cuando llega pide por su peluquero de confianza. Le responden con amabilidad, lo conocen desde hace años, que no se encuentra. Nadie puede decirle con seguridad qué ha pasado con él. El primer día de ausencia lo creyeron enfermo. Desde el segundo comenzaron a preocuparse, no era de faltar sin aviso. Ya había pasado una semana y no había rastros. El dueño de la peluquería le contaba los pormenores de la ausencia pero viéndolo apurado y que no prestaba mucha atención, le ofreció los servicios de otro peluquero. Marcelo no escuchaba pero cuando le ofrecieron cortarse el pelo con otro peluquero temió lo peor.

Su peluquero lo conocía. Sólo viéndolo entrar, sabía cómo estaba, por qué estaba allí y, sobre todo, sabía qué hacer para que mejorara. Cortarle el pelo era transformarlo, de un aspecto monstruoso a otro, al menos, aceptable. Era el rito del corte del pelo y su peluquero quienes producían cambios en la fisonomía que resonaban directamente en su ánimo. Este mediodía su peluquero no estaba. Su pelo negro, encrespado, rebelde a la ley de gravedad sería cortado pero lo que sentía no cambiaría. Su peluquero lo miraba de una manera especial, planificaba el corte mientras le hablaba suavemente. Estaba siempre de buen humor. Se divertía con los cambios que unos simples tijeretazos producían en su cliente de tantos años. Sabía lo que hacía. Quería demostrarle sin esperar un minuto más que existía una racionalidad previa al acto. Siem-

pre le decía las cosas claramente, lo que estaba pensando y que tan mal lo veía.

La última vez que habían conversado de la separación, le había demostrado en los hechos que no debía desesperarse, que una pareja podía separarse y que eso no era el fin del mundo. Hoy Marcelo venía a decirle que tenía razón con respecto a la pareja pero que el fin del mundo sería esa tarde cuando fuera a la facultad a dar clase y a entregar parciales.

—*¿Cómo me mirarán los alumnos con este aspecto?*—Le preguntaría a su peluquero.

Se había esperanzado con salir con el pelo bien dibujado en su cuero cabelludo y su ánimo cambiado; podría de esa manera, en alta voz, sin problemas, decir cómo había dicho el cuatrimestre pasado:

—*Traje los parciales corregidos.*

—*¿Cómo nos fue?*

—*A algunos bien o otros más o menos, pero hay un parcial del que me gustaría hablar, me ha sorprendido mucho lo que ha escrito una alumna, no se qué postura tomar.*

Los alumnos lo mirarían desconcertados. Luego se mirarían entre ellos, ¿de quién hablaría? Al instante volverían la mirada al docente con bronca manifiesta: ¡*Hablá!*

Marcelo había dudado mucho sobre qué hacer, una frase de un parcial de una alumna lo había horrorizado. Tuvo la mala idea de hablarlo con Valentina.

—*Me gustaría bochar a esta alumna, es inaceptable esto que puso.*

—*Tenés que evaluar todo el parcial, no me parece que debas por una frase desmerecer todo el resto.*

—*Algo tengo que hacer.*

Marcelo dudaba, ¿hacerlo público a toda la comisión o señalarle con rojo aquello que había puesto mal?

—*Quizás podrías entender qué le pasó.*

—*Algunas cosas no las puedo comprender. No quiero que pasen, no las acepto.*

—*Como que a mí me agarre lo que me agarra, y que no pueda hacer esto ni lo otro.*

—*Ya tenemos que hablar de nosotros y ya me estás criticando. Ahora estoy hablando de una alumna.*

Una frase de un parcial lo había sacado de quicio. Una alumna de veinte años hablando de las posibilidades técnicas, la política y el poder en la Modernidad había escrito que la picana eléctrica en nuestro país se había utilizado durante la época de los militares para tranquilizar gente. ¿Podría comprender lo que había dicho la alumna? Quizás se hubiera confundido apurada por los nervios del parcial, la picana eléctrica con el electroshock.

Marcelo estaba alterado, Valentina lo miraba.

—*Cuando hablamos te ponés como ciego, no entendés razones.*

—*No puedo aceptar lo que puso esa alumna, es chica aún, no vivió esa época pero siento que tengo que hacer algo ejemplar. Para que no se vuelva a equivocar de esa manera.*

Valentina intentó convencerlo de que lo importante era lo que había escrito en todo el parcial. *No puede ser que una frase de un parcial arruine un todo que es la nota de la alumna.*

Marcelo se había quedado impresionado. Algo tenía que hacer. Veinte años después, lo que para algunos había sido una experiencia límite, para otros era ni siquiera recordada frente a una pregunta de parcial. Debía existir necesariamente una memoria colectiva sino la alum-

na podía aducir que no había vivido esas escenas de tortura, que su generación podía equivocarse.

—*¡Sos muy dramático!*

—*No puedo creer que la historia sea tan evanescente, que una chica de veinte años no sepa qué es una picana eléctrica.*

Si no hubiera una memoria colectiva, esa alumna no comprendería a un chico que sufría cuando su padre le decía que era un sobreviviente y le contara las veces que lo habían torturado siendo joven pues antes del '76 también se torturaba. Tampoco comprendería cómo ese chico, a pesar de intentarlo no podía estirar un puño y golpear a quien lo molestara. Nunca había podido golpear a la cara. Lo único que le quedaba era ser pegado, bancarse que le peguen con la conciencia de que no podía hacer otra cosa. Terminar siendo un torturado. Desde chico suponía que esa falta de valentía le impediría ser un verdadero hombre y se torturaba pensando en eso. Esa alumna no comprendería las veces que él había imaginado estar en una sala de torturas. Por el dolor no aguantaría y “cantaría” todo, lo que no sabía lo inventaría, lo contaría tan real que nadie dudaría de su veracidad. Lo contaría todo.

Marcelo leyó ante toda la comisión el texto que había marcado mil veces con lapicera roja y decía inaceptable. Valentina coincidía con lo que hizo, estuvo de acuerdo, raramente de acuerdo.

Y entonces ¿por qué no comprendés que la trompada a tu estómago es otra cosa que pegarte, es la sorda bronca de que te metas en todas las cosas? rumiaría Marcelo mientras Valentina ultimaba detalles para finalmente irse. Marcelo le que-

ría decir que fuera coherente con lo que alguna vez había dicho: no debía tomar un hecho puntual para evaluar un todo. No tomar un hecho como la trompada al estómago como elemento determinante de toda la relación. Valentina le hubiera contestado, sin dejar de salir que no era el dolor del golpe lo que la impulsaba a irse sino que era cierto. En relación a lo que había pasado con la alumna, él tenía razón. Coincidió con lo que había hecho diciendo en voz alta, para que todos sepan y escuchen, lo que leyó y lo que pensaba de eso. Ella estaba de acuerdo, en algunos momentos entre hablar y hacer había correspondencia: hablar era hacer y el acto hablaba, esto era el final; en un momento de la vida había que ejemplificar.

* * *

Valentina estaba en cama; quería olvidar todo lo que había pasado. Volver a mezclar las cartas y dar de nuevo la mano. Toda la mano, desde el comienzo. No había estado bien en hablarle de otra mujer que amaba pero hoy ya no era importante. Ni que le dijera tan rápido que la amaba, nunca terminó de creerle cuando intentaban hablar de cosas importantes. No quedaba otra que separarse, quizás después podrían volver a jugar alguna otra carta. Mentira. Por eso no se separaban.

Por su miedo terrible. Sí, había comenzado el día que le inventó ese cumpleaños sorpresa. Pero ya era otra cosa de lo que había sido en ese tiempo.

Si realmente se separaba era por lo que había dicho,

que no aceptaba vivir con alguien a quien le pasara lo que a ella le pasaba. Sentía lástima y agregaba –como si eso fuese válido– que esa lástima era en primer lugar por él mismo. ¡Era una bestia!

Se equivocó en irse a vivir tan rápido con alguien que no conocía. Su ex novio se lo había dicho pero cómo separarse sin cortar todas las rutinas que lo unían a él. Irse a vivir con un hombre que prometía. Y ahora tenía que hacer lo mismo; años después volvía a pasarle algo parecido. Cuando había comenzado con Marcelo temía cruzar un puente ahora era aún peor: temía abrir la puerta y volverse loca. No tenía dónde ir ni dónde refugiarse, ya se había ido de la casa de la madre y ni loca volvía allí.

Desde hacía poco tiempo conocía a Javier, él era distinto. No podía decir qué le estaba pasando con él. Pero no se iría a vivir tan rápido, esperaría pero ¿cómo? Si temía tocar las baldosas de la calle e instantáneamente perder la cordura.

* * *

Marcelo decide cortarse el pelo. Se sienta en el extraño asiento de peluquería; el peluquero dice con voz entrecortada y rascándose una oreja:

—¿Y cómo quiere?

—¿Qué?

El dolor de cabeza le perjudicaba la audición, le estaba preguntando acerca del corte de pelo.

—*Haga lo que quiera. No sé como decirle, de chico me peinaba con raya al costado, de grande como el peluquero quería. Hace años que me corto con el mismo peluquero, usted lo conoce, haga lo que haría él. Hoy no me siento muy bien* —Marcelo hablaba tipo telegrama, sin mirarlo.

No quería respuesta, solamente acción. Cuando el peluquero subió ese singular asiento, a Marcelo se le tapó un oído. Sintió una descompresión súbita en la atmósfera, todo su cuerpo perdía consistencia.

¿Será por este asiento con una amortiguación tan especial o tendré la presión alta? reflexionó Marcelo mirándose al espejo con cara preocupada.

Durante dos semanas pensó qué había pasado para salir disparado desde la cocina hacia el dormitorio para tirarle un puñetazo a la panza con tanta bronca. Hoy lo comprendía: quería hacerla bajar de donde estaba, quería que algo cambiara. Su presencia estaba en todos lados, invadía todo, no podía hacer nada sin pensar en ella. En lo que ella quería o en lo que ella diría; no era posible seguir así. Él no era así. Cambiar dando un fuerte golpe a la carcasa de la radio, con un golpe las cosas se arreglarían. Todo cambiaría.

Marcelo, mientras subía a la altura máxima del asiento de la peluquería, perdió por unos instantes la conciencia de realidad. Estaba con ella y estaban hablando, el tema era el mismo de los últimos meses: la cama.

—*No saldrás más de la cama hasta que no salgas por la puerta. Querías dormir sola, ahora el único lugar donde te podés mover es en la cama. Y nada más. La cama o afuera.*

¿La estaba encarcelando o la estaba echando? ¿Le estaba diciendo que ahora el único que mandaba en ese lugar era él?, ¿que estaba todo dicho y que esto no podía seguir así?

—*No hay mucho más para decir* —dijo apenas audible Valentina—*Mañana me voy, ya tengo un lugar dónde ir.*

—*¿Dónde te vas?*

—*Me va a ayudar Javier con la mudanza, me consiguió un lugar para alquilar y bueno, quería que lo sepas, hace meses que venimos mal.*

—*Ya encontraste otro hombre, ya que tenés con quién irte, te vas ahora.*

A Marcelo se le llenaron los ojos de lágrimas atoradas, quería que se fuera ahora, no se imaginaba pasar una noche más junto a ella, ya se imaginaba a Javier viviendo con ella. ¿Cómo seguiría la historia sin él? La partida estaba sellada, ¡que se vaya ahora mismo! Él quedaría al margen.

Marcelo, en la altura máxima del asiento de peluquería pensó: *¿Qué le habrá pasado a mi peluquero? Seguramente algo me diría ahora. ¿Qué le pasaría ahora sin él?*

El nuevo peluquero lo miraba y también pensaba en el otro peluquero. *¿Cómo le cortará el pelo?* Le puso el mameluco. Una vez que terminó de ponérselo, se largó a hablar. Era de esas personas que no dejaban ni un segundo de hablar. Marcelo escuchaba poco, mientras observaba de refilón cómo utilizaba los peines y las tijeras. Utilizaba una metodología rara, dejaba la parte de arriba para el final, eso hacía sentir a Marcelo cada vez más encadenado, no se iba a poder ir hasta que terminara.

El peluquero había comenzado con la parte izquierda

y le había atado con un broche los pelos de encima y de la derecha. No podía irse, el peluquero quería hablar, le preguntaba si tenía coche. ¿Por qué? Habían vuelto los chorritos del barrio, eran paraguayos, peruanos y que también había algunos argentinos. Contaba que tenían como locas a las mujeres robándoles las carteras y le preguntaba a Marcelo qué creía que había que hacer para terminar con esos maleantes.

El dolor de cabeza apenas lo dejaba contestar. Mientras le iba sugiriendo que le quedaba poco tiempo, que se apurara, el peluquero parecía estar en otra cosa, seguía hablando y decía que había que separar el país en áreas de operaciones y meter mano dura, muchas balas a esos mequetrefes para que dejen de joder. Marcelo se alteró, quería levantarse e irse, no esperar un segundo más con el pelo ridículamente cortado por partes, irse ya mismo.

Valentina tenía que irse ahora. No esperar hasta mañana. Ella le pedía en forma rara algo insólito, aduciendo el motivo de sus miedos y que no tenía demasiada gente que la ayudara, le pedía que la ayudara con algunos viajes con su coche.

—*Después de todo a los dos nos va a venir bien separarnos en buenos términos.*

—*¿También te va a ayudar Javier?*

—*Ahora te preocupas de eso cuando tanto tiempo no te importó lo que me pasaba.*

—*No podés decir eso.*

¿Cuánto tiempo habría planeado irse con Javier y solamente ese día se lo había dicho?

Aprovechando la confusión, Valentina le dijo que se

iría al día siguiente, que no le pedía que la ayudara a llevar sus cosas con el coche pero que necesitaba esa noche. Era lógico lo que pedía.

Estaba con el mameluco en la peluquería, se tendría que aguantar hasta que terminara el corte, tratando de no escuchar. Había que aguantar un rato más. Después de todo lo que había pasado, ya estaba ahí. El dolor de cabeza era tan fuerte, mejor esperar un rato, que terminase lo que estaba haciendo.

CAPÍTULO IV

Marcelo estaba parado frente a treinta y tantos alumnos. Lo miraron entrar preocupados por las notas, ninguno advirtió que hoy no tenía buena cara. *¿Por qué había ido a dar clase en ese estado?* Ni bien se paró adelante, en el aula abarrotada de bancos, aire viciado por cigarrillos y falta de ventilación, se asustó. Tenía la clase preparada pero no podía comenzar a hablar.

El aire que inspiraba no llegaba a sus pulmones, se quedaba en su cabeza que se agrandaba como un globo de cumpleaños. Su cuerpo se aflojaba, pesaba cada vez menos. Estaba parado entre nubes esponjosas y blancas, en cualquier momento saldría volando. Se recostó ligeramente sobre el escritorio, quería agarrarse para no elevarse.

No era así como había planeado el desarrollo de la clase. Tampoco que los alumnos le cerraran el pasillo por donde habían entrado. *No hay salida.*

Una alumna entre 18 y 23 años, en los primeros bancos a la derecha, notó que lo habían cercado a propósito y se paró para abrir una ventana que daba a una escalera dos metros más abajo.

La cara de esa chica la conozco, pensó Marcelo. No veía

bien. Intentó mirarla nuevamente. Cuando entregara las notas, llamaría a cada alumno para que se acercara al escritorio y la nombraría, entonces la vería bien y sabría quién era.

Marcelo no tenía vía de escape, no podría salir hacia la puerta y aducir con breves palabras una ligera indisposición.

Los alumnos esperaban la nota, con rostros expectantes le cerraban el paso. Era el momento de la verdad. Todos detenidos en esa espera; solamente la alumna observaba cómo su cabeza se inflaba, cómo el aire no llegaba a sus pulmones e intentaba abrir apresuradamente la fallaba de la ventana.

¿Quién es esa chica? Estaba cerca de reconocerla, tenía que acercarse y mirarla, verla nítidamente. Pero alejarse del escritorio sería fatal, su punto de apoyo se vendría abajo.

Marcelo tenía la clase preparada. Esa tarde hablaría de la Modernidad, momento histórico en que el hombre creía que sus pensamientos le pertenecían y que podía mantenerlos al margen del Poder y la Autoridad. Había planificado todo, hasta el momento en que alzaría la voz y la elevaría por sobre los alumnos haciéndolos levitar de emoción por su timbre apasionado y las palabras elegidas. Sabía que su voz llegaría hasta el banco donde la alumna esperaba encontrar conocimientos en la facultad, y él era esos conocimientos. Se subía a las palabras y ellas vibraban en la palma de su mano, las ponía con Mayúscula cuando tenía Ganas. Era un Apasionado que brincaba de un lado a otro del aula, caminando los pasillos, yendo y viniendo mientras relamía las palabras que iba a decir.

Era ella

¡Era su plan de clase! *Esto es disfrutar. Saber lo que va a venir y disfrutarlo antes. ¿Quién ha dicho que se disfruta el presente? Se disfruta lo que se sabe va a llegar.*

Cuando daba clase, Marcelo creía poder Teorizar, Explicar, Fundamentar Qué Había Pasado.

¡Valentina nunca lo había admirado! Nunca escuchó su voz vibrando con apasionada entrega, fascinando a sus alumnos, en su mayoría mujeres jóvenes. Nunca lo miró como esa alumna de los primeros bancos, con esos ojos relampagueantes. De repente, supo quién era.

Es ella. ¡Qué contento estoy de que hayas venido!

* * *

La alumna era Lorena. Había venido a visitarlo, a escucharlo nuevamente dar una clase como las de antes.

—*Lorena, bienvenida.*

Marcelo se sonrió de una manera que sabía le gustaría.

—*¡Cuántas veces te llamé y no respondiste a mis llamados! Pero hoy no te voy a recriminar.*

Muchas veces la llamó para convencerla de que se encontraran cerca de la facultad. Hoy había venido.

—*Por suerte viniste.*

Ella lo ayudaría. Era tan distinta a Valentina. Siempre estuvo muerta por él. Le encantaba cuando después de salir terminaban en su departamento tirados arriba de la cama —y él de ella—, sin tiempo ni siquiera para abrir las sábanas y meterse dentro. Marcelo ya estaba ahí, no había ningún obstáculo, ella quería que él Hiciera lo que Qui-

siera. No necesitaba narcotizarla como tantas veces había soñado, ella ya tenía un par de cervezas de más, quería no entender bien por dónde se metía.

De tiempo en tiempo la llamaba para ver qué era de su vida. Y también para ver si había alguna oportunidad de volver a encontrarse en algún bar cercano a la facultad. Ella le rogaba que no la llamara porque quería olvidarse de él.

—*Dejame de molestar.*

—*¿Por qué no te puedo llamar? Que se acabe nuestra historia no quiere decir que no podamos hablar y vernos.*

—*No quiero verte, la historia se acabó. Hiciste bastante para que eso pasara, y ahora además estás viviendo con otra mujer.*

—*¿Se acabó todo entonces? ¿No puedo ni siquiera invitarte a tomar algo y que charlemos?*

—*No te hagas el tonto. Sabés que vas a intentar hacer algo y que yo voy a tener que pararte. Encima que estás viviendo con una mujer, yo la tengo que defender. A mí no me gustaría que un hombre me hiciera eso.*

—*No tiene nada que ver una cosa con la otra. No se lo hago a ella* —después de un segundo de silencio, Marcelo agregó:

—*Me acuerdo de las ganas que me tenías.*

—*En su momento no te alcanzaba. Evidentemente no estabas enamorado de mí o no le veías futuro a la relación.*

—*Vos tampoco tardaste mucho en sacarme de encima.*

—*¿Que sabrás? Además estás tratando de salir del paso, igual que cuando me dijiste que no salíamos más; nunca dijiste claramente por qué, me tuve que enterar por terceros que al poco tiempo ya estabas viviendo con una mujer. ¿Salías con las dos?*

—*No sabía que nosotros éramos una pareja, además no salía con las dos. Fui honesto.*

Era ella

—*Tan honesto que me seguías llamando y no me decías nada. Y después desapareciste por dos años. ¿Para qué volviste a llamar? ¿No te alcanzaba lo que tenías? Me olvidaba que siempre fuiste muy insatisfecho. Mejor tener dos.*

—*¿Qué estás diciendo? Si nunca volvimos a estar juntos.*

—*No fue justamente tu decisión.*

—*¿No te parece que ha pasado mucho tiempo para volver a sacar estos temas? Te estoy llamando y me gustaría poder verte, que nos encontremos.*

Mañana, después de que Valentina se fuera tendría más argumentos para convercerla de que volvieran a salir.

—*Ya no hay nadie en mi departamento. Se terminó la historia que tanto me recriminás. Me gustaría verte.*

Entonces se encontrarían, charlarían acerca de lo que había pasado entre ellos. Marcelo le diría que se había equivocado. Después de un par de horas la invitaría al departamento para que constatará que realmente se había separado y le diría cuando pasaran delante de la cama que seguía recordando lo bien que la había pasado con ella.

Después de todo no es tan malo separarse, pensó Marcelo agarrándose más fuerte al escritorio.

Por suerte había venido Lorena a verlo. Una linda sorpresa, justo cuando tanto la necesitaba.

* * *

Era una vigilia tensa. Ya estaba todo decidido, entonces ¿para qué esperar?

Solamente porque era de noche. Esperar la mañana

del día martes para que ella se fuera. Una noche más juntos, cada uno en su colchón, ninguno de los dos dormía, ninguno de los dos hablaba.

¡Como tantas noches!

Marcelo a la espera de tirársele encima desde el colchón de abajo, sorprenderla y ponerla de espaldas, sacarle la ropa, seguir el mapa de los lunares negros y sus pecas ocres; la conocía de memoria, no necesitaba palabras para estar seguro de dónde estaba cada cosa.

Valentina no le iba a hablar del amor que sentía, de las ganas de correr a hacerle un café con leche y limpiar el departamento para que lo viera tan lindo. Era ella quien lo había dejado así para él, después la cena que tenía en el horno: un pollo exquisito con papas y batatas, especialidad de la casa.

¿Cómo se iban a separar sabiendo tanto uno del otro? No era posible separarse y, menos que menos, que ésa fuera la última noche juntos. Ninguno de los dos hablaba.

¡Como tantas noches!

Valentina recordó el golpe en el estómago. No había sentido dolor pero supo que algo se había quebrado, definitivamente. No hablaba, era la última noche, sólo esperaba la mañana para irse.

Marcelo recordó el olor del pollo en el horno. Estaba terminando de enjuagar los platos y comenzando a lavar una pila de cubiertos grasientos cuando un olor nauseabundo se metió por su nariz. Abrió el horno y quedó impactado frente al aroma rancio y avinagrado de ese pollo. Era un golpe. El mensaje fue preciso. Debía contestarlo. Ir hacia ella y tirarle un puñetazo a la panza fue la respuesta.

Marcelo, finalmente, había comprendido el mensaje.

¡Ella quería que la relación se pudriera! Tenía el olor del pollo impregnado en sus fosas nasales. Fue hacia Valentina. No sabía qué iba a hacer, estaba agotado de que siempre lo estuviera probando. Si había que tirar algo a la basura, significaba que era ella quién podía terminar en lo hondo del tacho. No era una bestia que no hacía nada de nada en el departamento, en la vida en común, en su cuerpo, por el amor que sentía por ella.

* * *

Valentina no aceptaba la renuncia de Marcelo a las acciones cotidianas, no soportaba que no ayudara en las tareas del departamento.

—*¿Cuándo se te ocurrirá hacer algo?*

—*No podés estar siempre persiguiéndome con que no hago nada.*

—*No te entiendo. En algunas cosas hacés tanto y en otras que tienen que ver con nosotros, no hacés nada.*

—*Yo tampoco te entiendo. ¿Por qué siempre te estás fijando en lo que no hago? Tenés razón en lo del departamento pero hago muchas cosas para estar bien con vos.*

Valentina repetía que desde colgar un cuadro hasta planchar ropa, la ilimitada cantidad de acciones que había que hacer en un departamento, él las dejaba para que las hiciera otro, en este caso ella —o que no se hicieran—. Marcelo aceptaba que no ayudaba pero decía que estaba siempre pendiente de desordenar lo menos posible. Que-

ría no agregar quilombo al desorden que armaban los objetos puestos en libertad.

Valentina quería que cambiara, que entendiera que los objetos comenzaban a “Hacer lo que Querían” cuando se los dejaba libres. Marcelo no estaba de acuerdo. No tocarlos, pasar como si no existieran, era una forma de ordenarlos. Por supuesto, creía que una vez al mes había que hacer una limpieza general para quitar el polvillo que se hubiera acumulado. ¡Pero una vez por mes!

Valentina, cansada de la discusión, le hacía ver que había tareas como lavar la vajilla, la ropa, tender las camas que eran cotidianas.

—*Y ¿qué me decís de la caca de la Gata? ¿Eso también hay que limpiarlo una vez por mes?*

—*No me cargués, yo estoy hablando en serio.*

—*Entonces ¿de qué te vas a ocupar diariamente?*

—*Lo decís cómo si no me ocupara.*

—*¿No crees que esta charla es deprimente? Parece como si yo te obligara siempre a que hicieras un montón de cosas.*

Marcelo aceptaba de mal modo que Valentina tenía razón, se disculpaba aseverando que para él realizar las cosas de las casa no era fácil y como prenda de reconciliación le proponía que le diera una tarea de la que se ocuparía él exclusivamente.

Un año antes que Valentina se fuera habían llegado a un acuerdo.

—*Lo único que te pido es que te ocupes de cambiar las piedritas de la Gata.*

Marcelo se alegró, le pareció una tarea sencilla, de esa manera se sacaba de encima la presión de las otras tareas.

Pero lo cierto fue que Valentina, dándole esa responsabilidad, había tomado –aún sin saberlo– la decisión de irse. No confiaba en cómo lo haría, era una tarea en la cual fracasaría. Valentina deseaba ratificar una y otra vez que había hecho lo correcto y era él quien con su dejadez arruinaba todo.

Y fue así.

Marcelo cambiaba las piedritas cuando el olor hacía imposible estar un minuto más en el departamento. Con movimientos bruscos, y tapándose la nariz, realizaba las acciones necesarias para su limpieza. El olor ya estaba por todos lados. Valentina, quien odiaba los malos olores, sufría horrores por no hacer esa tarea ella misma. No cambiar las piedritas era acercarse a lo definitivo. Intentaba tapar los malos olores con sus velitas perfumadas, desparramándolas por lugares estratégicos en todo el departamento. Observaba con hastío como Marcelo finalmente realizaba la acción del recambio: siempre demasiado apurado, con brusquedad, como queriéndose sacar de encima esa tarea. ¡La única que tenía!

Marcelo creyó que se trataba de un acuerdo, la única tarea obligatoria que debía realizar en el espacio común. Pero no, era el comienzo de lo que terminaría en lo absoluto: mañana Valentina se iba. Estaba cansada de que el esperado fracaso viniera siempre con desagradables sorpresas. El colmo fue una tarde cuando él comentó, muy inocente, que un paciente había sentido olor a pis de gato.

Los últimos meses antes de la partida, Valentina estuvo más sigilosa. Hasta había decidido comenzar a cambiar ella misma las piedritas. Quería evitar exigirle cualquier acción hogareña. No esperar más nada, sólo el des-

tino le diría con claridad qué hacer y cómo hacerlo. Lo único raro, inmanejable, enigmático, era que dejaba comida cocida en el horno días y días.

* * *

No había otro tiempo que el presente.

Valentina se va mañana, ¿no debo cerrarle el camino clausurándole la puerta? ¿No debo tirarle las llaves por la ventana, escondiéndole lo necesario para que se vaya?

Se va mañana, Marcelo repetía mentalmente esta frase una y otra vez.

¿Quería convencerse de que aunque le cerrase la puerta con mil vueltas ella, decidida, se iría volando por la ventana?

Se va mañana. No aceptaría quedarse, dijera lo que dijera. Nadie podría con su decisión, estaba decidida a irse.

Estar solo. Marcelo sintió por un instante que no estaba mal quedarse solo, *que se vaya por un tiempo*.

Encontrar el pollo podrido era el final. Debía pasar algo, él fue hacia ella. El pollo era un límite, era la pobreza y la burguesía, era su infancia. No era posible describir lo que sintió. ¿Por qué se puso tan mal? ¿Porqué ese sentimiento de *lo peor que me podía pasar?*

Siempre estuvo presente el mandamiento: *No tirarás comida a la basura habiendo tanta gente que se muere de hambre*. Encontrar un pollo podrido era lo peor. Marcelo no resistió, no había nada que pensar; sólo actuar: ir hacia Valentina y estamparle su angustia. Ella podía conocer lo

que vendría pero no conocía su pasado. Luego del pollo venía la indiferencia. De chico había leído en una revista de chismes que una conductora de televisión había tirado un pollo entero a la basura. Cuando leyó eso no la soportó más. Fue en plena dictadura cuando organizaba comidas muy floridas para entrevistados sin hambre y la comida terminaba en el tacho de basura.

Marcelo no quería verla más; que Valentina no estuviera más, que se fuera volando por la ventana que estaba abierta de par en par esa noche de verano.

* * *

¿Cuántas veces hablaron de separarse?

Cuando discutían el último tiempo, Marcelo se exasperaba y decía de mal modo:

—*Mejor que te vayas.*

—*Siempre me repetís lo mismo porque sabés el miedo que tengo a que me agarre otro ataque.*

Cuando se tranquilizaban a Marcelo le daba lástima esa contestación. Sentirla tan vulnerable. Ella se largaba a llorar desconsoladamente, sus ojos enrojecidos de tanto llorar se volvían tan bellos. Imposible mantenerse alejado; Marcelo le repetía que su amor seguía intacto, que toda la mierda que los separaba no era importante. Pero Valentina anotaba mentalmente cada vez que él le decía que se fuera y luego planeaba cómo hacerle caso, qué ac-

ción realizaría para acercarse lo más segura posible a la ruptura. Pensaba apretando el entrecejo: *Me pedís eso, lo vas a tener. Te voy a hacer caso, ya verás.*

Con el tiempo había terminado por planearlo todo. Hasta el final mismo. Había planificado los sucesos que marcarían lo inexorable de la separación, los mismísimos detalles, hasta los movimientos que llevaría a cabo, las palabras que utilizaría.

Todo hasta el final sería de ahora en más una secuencia guionada por ella. Todo, hasta ese momento había salido como lo planeó. Sentía una rara satisfacción por lo que estaba llevando a cabo. Había sopesado posibilidades y dificultades. Su inteligencia, enfrentando lo más difícil, había plasmado una estrategia que estaba saliendo perfecta. No estaba tan loca después de todo.

Estaba cerca el final, cada vez más cerca.

Pero ¿por qué tenía esa sensación de que en cualquier momento todo podía desmoronarse? La separación era un proceso lento. Valentina lo había planeado minuciosamente. Primero la pequeña separación cotidiana: no comer juntos cuando él llegara de sus actividades; luego, desinteresarse de lo que le estuviera pasando con sus malestares físicos y un poco después dejar de prestar atención a lo que contaba.

Esperar un poco, en algún momento llegarían las ganas de no tenerlo cerca, ahí vendría lo de los colchones separados.

Valentina sabía que las noches serían momentos complicados. Con respecto al sexo había decidido hacer lo menos posible. Alguna que otra vez aceptaba el convite para que la presión no se llevara, arrasando como un tor-

nado, todo lo planificado. Pero lo hacía maquinalmente, demostrando que eso no podía ser amor.

Y siempre motivándose para seguir adelante. ¡Qué bien había funcionado el pis de la Gata! El olor era una fija. Ella con ese olor agrio trabajaba muy motivada, a ritmo vertiginoso, sus estrategias de partida.

Valentina se sorprendió de un hecho de rara significación: dejar comida cocida pudriéndose. Se tuvo que romper la cabeza para entender qué significaba. Lo comprendió un día que pasaba por delante de una casa de funerales: no quería saber cuánto tiempo tardaba un cuerpo muerto en despedir el olor de la descomposición, ella quería saber cuánto tiempo tardaba un cuerpo vivo en descomponerse.

Hasta el instante final había sido planeado. Había que dejarlo librado al azar. Dependía de algo que estaba más allá de ella. Sabía que él la querría tirar por la ventana de la bronca que tenía, pero no podía saber que esa bronca vendría vestida de trompada. La forma inesperada, lo impredecible, el signo final, la sacudida terminal de la relación.

Convivir no había sido tan planeado como la separación. Su llegada había sido incierta, su partida era segura. Valentina había planeado uno a uno los pasos que seguiría. Mañana se iría.

* * *

—*No te banco más*—dijo Marcelo bruscamente desde el colchón de abajo cortando el silencio mientras pensaba que ya no debía tenerle lástima.

—*No creo que hayas intentado que nos vaya bien.*

Marcelo seguía con bronca aun después de la trompada. Recordó los distintos acuerdos a los que habían llegado con los objetos, *si ocurriera la eventualidad de la separación* según había dicho Valentina. Él no tenía porque respetar esos acuerdos ahora que realmente se iban a separar.

—*El placard que quedamos que te llevabas no te lo vas a llevar.*

Valentina esperaba un comentario semejante. Prendió rápido la luz en el anochecer del cuarto, además de querer tirarle el velador encima —ése no se lo llevaría— hubiera querido quemarle los ojos. Que se quedara ciego, no podía ponerse un segundo en su lugar, era ella quien se iba.

—*Es mío, tiene mis cosas, lo compramos para mí.*

—*Es tuyo acá, no es tuyo cuando te vayas.*

—*¿Creés que me voy a quedar por un placard?*

—*Te vas a ir; estamos hablando de lo que te vas a llevar.*

—*Creo que es mío y que yo lo necesito más que vos, tenés otro. Uno para cada uno.*

—*No te lo vas a llevar.*

Después de la exasperación volvían al silencio. Marcelo bruscamente apagó la luz. No quería que la luz mostrara que él había aceptado dormir ahí abajo, el lugar de la esperanza, de la expectativa por el salto ágil hasta su lado.

Marcelo quería vengarse, la haría padecer una a una todas las pruebas que él había pasado, todas las notas que le había puesto, todos los nombres que le había dicho, hasta lo había llamado: *el dejado*. La muy turra hasta lo había nombrado de la peor manera posible.

—*Te das cuenta que hoy es la última vez que nos vemos.*

—*Nos vamos a ver otras veces* —contestó Valentina; ha-

bía pensado que él haría ese comentario cercano a su partida.

—*No. Siempre me acusaste que no podía dejar de ver ex novias, que siempre me quedaba enganchado de mis antiguas relaciones de pareja; ahora vas a ver que no es así.*

—*No te creo. Lo decís porque tenés bronca.*

—*No es bronca. Es ver a una persona que pronto no va a estar más.*

Silencio.

Cada uno en su colchón. Para la mañana faltaba un tiempo aún más infinito que el tiempo que habían estado juntos.

Valentina acostada en la cama de dos plazas no podía dormir. Un extraño pensamiento la angustió: *¿y si se estuviera equivocando?*

Había planeado todo: que la amenazara con no llevarse nada, con tirarla por la ventana, todo, pero no había previsto esa duda. Uno a uno se habían dado todos los pasos planificados pero *¿y si se equivocaba?* Dudaba, justo esa noche, dudaba. *¿Estaba haciendo lo mejor?* Él, a pesar de lo que habían pasado, seguía jugándose por ella. Le había soportado todo. Siempre con mucha angustia y mucha recriminación pero la había bancado. Cuando le tiró un puñetazo a la panza, Valentina notó la desesperación en su cara ¡Era verdad! ese hombre la amaba. Como podía, pero la amaba.

—*Quizás podríamos olvidar todo lo que nos pasó y empezar de nuevo* —dijo Valentina a un volumen tan bajo que Marcelo, metido en el fragor de su ensoñación, no llegó a oír.

A ella le sonaron raras esas palabras, no podía ser que estuviera diciendo eso.

Había comenzado lo inimaginable: la locura. Y él no la ayudaría, no podría recostarse en su pecho y contarle que se sentía rara, que algo malo iba a pasarle y que por favor, no dejase de estar cuando ocurriera. Ella perdería el hilo de su vida, hasta el mismo recuerdo de su historia y de lo que estaba haciendo. Sólo temor sin nadie para notarlo y levantarla y llevarla a un hospital, o darle para que tome una pastilla o simplemente estar ahí hablándole.

¿Era lo mejor irse? Aun antes de pasar la puerta todo lo vivido era nada. Marcelo le abriría la puerta pero la que se iba ya no sería Valentina, era la locura que la confundía.

El la quería. También su anterior novio y el mismo Javier le había dicho y redicho que la quería en serio, que se podía jugar por él. Todos le habían ofrecido muy rápido amor eterno y ella, loca, a todos les decía que sí y todos se la tomaban en serio.

Con su anterior novio nunca había dejado de mantenerse en contacto. Hacía poco tiempo se habían reunido clandestinamente en un bar. Él le había dicho que por fin, después de cuatro años, había aceptado que no fuera más su novia aunque no podía olvidar la forma en que lo besaba cuando estaba enojado, cómo lo perseguía y le cambiaba el ánimo. Le dijo que todavía la soñaba, aceptaba que estuviera con Marcelo, lo entendía y también creía que había sido una solución adecuada pero no podía olvidar esos momentos.

¿Y ella? ¿Lo recordaba?

—*También recuerdo cómo nos peleábamos.*

¿No era ella una peleadora? Estuviera con quien estuviera encontraría las razones para pelear. Siempre desconfiando de la verdad de lo que le decían. Sólo en la pelea,

en ese momento, en lo peor de la pelea sentía completa seguridad de la verdad. Necesitaba la exasperación, la cara fuera de sí, para creer en la verdad de lo dicho.

¿No era eso ser una peleadora? Buscar la verdad en lo más alto de la pelea. En ese pico comprobaba la verdad incuestionable y acontecía la reconciliación, el momento más esperado. Entonces ella se entregaba de cuerpo entero demostrando cuánto amaba.

Con Marcelo esa entrega era difícil. Él se quedaba muy mal después de las discusiones: se quería ir. Le había dicho que quedaba herido, que no podía relajarse, disfrutar la bandera blanca, de todo su cuerpo. Menos que menos podía tirarse en el sillón (o en el piso) a comentar lo que había pasado estirando la lengua para hacerle mimos detrás de la oreja o salir a perseguir a su lengua juguetona.

¿Era lo mejor irse? La duda que tenía justo ahora le dio la certeza de que había comenzado un nuevo ataque. El peor ataque. Después de atravesar la puerta del departamento el tiempo y las esperanzas se convertirían en nada.

Marcelo le abriría la puerta y ella saldría pero la que se iba ya no sería Valentina.

Valentina no podía dormir, tenía terror a ir al baño y mirarse en el espejo. Vería que siempre estaría igual pero peor, cada día peor.

¿Era lo mejor irse si no había esperanzas de estar mejor? La locura no se detendría. Ella veía con extrema lucidez el momento en el que ella dejaría de ser ella.

* * *

La mañana había llegado.

Valentina le dice a Marcelo que no durmió nada y que la salute porque se va, que después volverá por las otras cosas, que se lleva solamente un par de bolsos.

—*Chau*—dijo Marcelo observando el gesto en su boca de indisimulable sufrimiento.

—*Así no.*

No quería irse así, Valentina quería otra despedida. No que le dijera un simple *chau* sino que se largara a llorar y le dijera que la necesitaba, que le rogara que se quedase. Que le dijera que había soñado con ella. Que se diera cuenta al menos lo que le estaba pasando. Sólo eso la detendría. Le diría que no se iba, que nunca había querido irse.

Marcelo había dormido un par de horas. Había tenido un sueño terrible, había soñado que él tenía esperanzas que todo se pudiera solucionar, que ella diera marcha atrás y que terminara aceptando que no había caso con él: *¿qué te parece si nos réimos de lo que nos pasó?* Iban a la cama riendo, se subían al mismo colchón y se subía arriba de ella. Y allí andaba todo mal. Cuando avanzaba con una mano hacia su vagina lo tironeaba para que se bajara. Lo tiraba al costado.

Marcelo, decía con una voz aflautada.

—*Cada vez que te toco tengo que llamar a mil puertas.*

Ella contestaba con voz de indisimulable sufrimiento.

—*No lo hacés bien. Pensás que lo hondo está ahí adentro. No es la maquinita de meter dedos, no se trata de tocar el botoncito y esperar que se encienda la luz.*

Marcelo comenzaba a arder, notaba cómo su piel se iba quemando lenta pero inexorablemente, años y años tirado

en el piso recibiendo los rayos solares. Siempre esperando que ella se acerque y lo deje jugar al jueguito que recién había querido comenzar. La trataba de convencer y con un tono pedagógico que a ella le sonaba falso, decía:

—*No hay ciencia aquí, o te toco o me tocás. Como no me dejás tocar y tampoco me tocás, estamos así. Yo soy un hombre y sufro porque soy el hombre, porque siento que debería ocurrírseme algo, porque todo lo que se me ocurrió hasta ahora parece que está mal.*

—*¡Pará! ¡No sigas! Somos distintos. Lo que se da no tiene vuelta. Siempre estás esperando el resultado de lo que haces. No hay vuelta. Lo que vos haces no tiene nada que ver con lo que yo haga.*

—*No lo compliques. No sé porque te molesta tanto hacer el amor. Se hace y listo, son cosas que se hacen así.*

—*Somos distintos*

—*Todo lo decís de una manera... Ahora sos vos la que no habla claro.*

—*No creo que así deba ser una pareja.*

—*Se necesita más libertad y respeto.*

—*¿Qué estás diciendo?* —Valentina se echaba a reír. Era tan ridícula la conversación, tan increíble lo que se decían ¿En qué planetas distintos vivía cada uno?

Marcelo recordando aún su sueño, no le diría otras palabras que *chau*. Si había llegado hasta ahí, que cumpliera y se fuese. Marcelo ya le había dicho *chau* cuando ella dijo: *asi no*.

¿Qué esperaba que hiciera? No sabía qué hacer. Dentro de un rato vendrían pacientes a verlo, dentro de un rato sin ella estaría expectante del timbre del portero, de estar

bien vestido para atenderlos, de que no se dieran cuenta de lo que recién había pasado.

—*Chau*

Era una despedida seca, la vida continuaría.

No se sentía igual que a la noche. Que se llevara el placard con todas sus cosas, que no dejara nada y se fuera. Ya basta.

Era imposible estirar la mano hacia su cara y levantarle algunas lágrimas que caían por ella. Era imposible llegar hasta su cuevita. No volverían a esos días. Tocar lo más hondo, eso sería la libertad. Valentina no era la mejor mujer que podría haber encontrado. No la vería nunca más desnuda, le tocaba al próximo. Él quedaría al margen. Sólo faltaba la acción de llevar su cuerpo fuera del departamento.

* * *

Los alumnos esperaban la nota, no se movían de sus asientos.

Lorena en los primeros bancos a la derecha percibió lo que pasaba mientras abría una de las ventanas del aula.

Marcelo miró para ese lado. ¡Al menos ya tenía una salida! Ahora le sería más fácil irse. No temía caer al suelo sino que su cuerpo se elevara del piso y sin peso fuera hacia la ventana, el único medio de escape que terminaba dos metros más abajo en una escalera de mármol antiguo.

Empezó a hacer gestos. Los alumnos no supieron bien

qué significaban. Hubo muchas interpretaciones, insólitamente casi tantas interpretaciones como alumnos.

Algunos dijeron que los gestos eran de desafío, como si les dijera que las notas ya estaban puestas, que si no querían abrir un pasillo para que él saliera no importaba; lo que sí les iba a importar era ver cómo se iba en ese preciso momento. Algunos otros creyeron que esos gestos eran pedidos de ayuda. Finalmente ¿qué importaba una nota de parcial en comparación con lo que estaba pasando?

Muy pocos dijeron que esos gestos estaban dirigidos a una chica que estaba en los primeros bancos. Parecía pedirle que se corriera, que él iba a irse primero.

Esa tarde se iría, algún otro día volvería a dar clase y se la dedicaría, agradeciéndole que estuviera tan conectada con sus deseos, que por fin podía estirar la mano, meter un pie, arrojarlo entero. Sabía que la llevaría de la mano por el conocimiento de las épocas históricas y que, al final, como si hubieran subido juntos una cuesta, él con muchas ganas le pediría un beso y ella se lo daría de una forma dulce y llena de agradecimiento. Y se tirarían por la ventana que ella había abierto, desde el último peñasco agarrados de la mano, como el primer día.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.	5
CAPÍTULO II	47
CAPÍTULO III	73
CAPÍTULO IV	105

Esta obra se terminó de imprimir
durante marzo de 2005 en los
Talleres Gráficos “Planeta Offset”,
Saavedra 565, Buenos Aires, Argentina.